Testimonios

IN MEMORIAN

PACO SOLER

Por Cristián RODRIGUEZ.

Para la nueva generación, que constituye sin duda el grueso de los lectores de esta revista, el nombre de Paco Soler puede que sea desconocido o un nombre del que se ha oído hablar vagamente; más remoto aún que lo era para nosotros el del poeta y periodista Pío Víquez. Los años en que Soler alcanzó su breve y fúlgido apogeo, en la segunda década del siglo, nos parece que acaban de transcurrir, ilusión muy natural de los que ha tiempo dejamos de ser jóvenes. No por ser un lugar común es menos cierta la observación de que a medida que avanzamos en edad, los años parecen deslizarse con más rapidéz que la que deseáramos, como se suceden, con congojosa frecuencia, los vencimientos de las primas de seguro.

Alejado de la tierruca, sin poder consultar archivos ni refrescar la memoria con la conversación de amigos comunes, la semblanza que pudiera escribir tendría que estar por fuerza plagada de inexactitudes. Me limitaré, pues, a unas cuantas reminiscencias y a esforzarme por reconstruir el ambiente de la época. No persigo otro fin que el de estimular a otros, más capacitados y menos afectados de amnesia que yo, a que rindan un tardío homenaje a aquel singular ingenio, excelente y dilecto amigo que fue Francisco Soler Carranza.

Un hombre singular.

Comenzaré por tratar de evocar, si me es hacedero, su aspecto físico y su bien perfilada personalidad.

Era de mediana estatura, bien proporcionado, más cenceño que entrado en carnes y ligeramente cargado de espaldas. Su padre era español y no lo conocí, pero no se percibían en las facciones del hijo los rasgos típicos que asociamos al peninsular. Era más bien un tipo eminentemente criollo, "muy Carranza". Tenía muchos ameneramientos originales, como tantas cosas en él lo eran. Su andar era inconfundible: no levantaba un pie sin tener firmemente asentado el otro, con flexión rotular mínima, pero sin bambolearse. Su sombrero era tan típico como su firma, un chapeo de vicuña gris, arrugado de manera *sui generis*, fácil de identificar en la percha. Al saludar apenas si levantaba el brazo, limitándose a hacer un leve movimiento de vaivén con la mano, como quien dibujara eses en el aire. A pesar de su inequívoca masculinidad, se partía el cabello a la derecha, al modo femenino, como habría de hacerlo más tarde Hitler. Su voz era melodiosa, tersa y varonil; vibrante, cuando se enojaba, y es fama que no le faltaron ocasiones para ello. Tenía al hablar un ligero jadeo, que se acentuaba al reír, en rictus reprimido. Como tantos humoristas y satíricos, jamás reía a mandíbula batiente. Era agradable oírle leer, sobre todo sus propias producciones. Lo hacía recalcando, con deliberadas pausas y sinuosidades de entonación, los paréntesis en que abundaba su estilo. Recuerdo estos detalles porque había aprendido yo a remedar a algunos hombres del día y Paco era un motivo ideal para quien quisiera ejercitar esa forma de histrionismo.

No creo que fuera adicto al juego, y si alguna vez usó del churuco fue por simple sociabilidad. Era abstemio y en general de vida bastante frugal. En su adolescencia había vagado por los hondos mares, "bajo la línea de flotación", según él decía, y ello le dió mucho mundo desde joven. No faltaron en su vida intensas pasiones amorosas, pero defendió la fortaleza durante más tiempo que el corriente. Tenía siempre la obcecada aprensión de que sus años estaban contados, a causa de no sé qué real o imaginaria dolencia, que su complexión fuerte y saludable parecía desmentir. Finalmente formó un hogar y con el cambio de estado civil parecieron desvanecerse por el momento aquellos temores.

No sé a ciencia cierta cuál era la edad de Paco en 1915, por ejemplo. Pero a juzgar por su aspecto debía de tener entonces de

veintidós a veintitrés años, lo que armonizaría con la fecha de nacimiento que Sotela, en su obra "Literatura Costarricense" asigna a lo que llama la "Cuarta Generación Literaria" (1890 a 1895). Esa obra no contiene ningún otro dato biográfico acerca de Paco, que figura en ella solamente con la reproducción de algo que escribió en un álbum de la esposa del poeta.

Su capacidad asimilativa.

Tenía un poder de asimilación extraordinario. Hay derecho a suponer que había nutrido su mente con copiosas lecturas, aunque nadie lo sorprendió con un libro en las manos. Era de esos hombres que, como ese otro autodidacto, Otilio Ulate, leía, como dice Emilio Faguet, "con los dedos", y también "por procuración"; pues gran parte de su vasto anecdotario literario y referencias librescas creo que los había extraído de amigos más consagrados a la lectura sistemática, a quienes "sangraba al blanco", con sólo oírlos. Estaba muy al corriente, por ejemplo, de la chismografía culta parisiense. Sabía de Verlaine, de Mallarmé, de la Colette Villy. Fue a él a quien por primera vez oí la cita de Francis Jammes —favorita de Paco— de que entre el hombre y la mujer hay apenas una pequeña diferencia, agregando, ¡viva la pequeña diferencia! De sus labios escuché también las peripecias amorosas de Georgette Leblanc con el poeta y dramaturgo belga Maeterlinck. Georgette era la esposa del escritor, poeta y crítico de arte, Camille Mauclair, íntimo del autor de "Pélleas et Mélisande". Habiéndose enamorado Maeterlinck locamente de Georgette, actriz y escritora de no pocos quilates, y siendo incapaz de una traición al amigo, resolvió, conjuntamente con Georgette, exponerle paladinamente la situación de aquella violenta e irreprimible pasión. Mauclair, que adoraba a su esposa, no musitó palabra; pero desde entonces se retiró de todo contacto con la *élite* intelectual de Lutecia y se fue a vivir al Mediodía, sin haber roto los lazos de entrañable amistad que lo unían a aquellos dos caprichosos amantes. No fue sino muchos años después, cuando Maeterlinck había dejado de amar a Georgette y tomado nueva compañera, con la que Georgette convivió en extraño *"ménage á trois"*, que Camille reapareció en los círculos literarios. No garantizo la veracidad del relato: me atengo a la memoria de Soler o de quien se lo trasmitió. Ese relato es típico de los muchos que prodigaba en el curso de su amena charla. Conocía, desde luego, las grandes figuras de la literatura española y francesa y algunas de la universal, y aun nos espetaba citas de Carlyle, vestidas en ropaje muy poco carlyleano (no me atrevo a repetirlas), y aunque yo había ya en aquella época leído en su original buena parte de la producción del sublime hipocondriaco escocés, jamás tropecé con los pasajes que citaba Soler, lo que no arguye que las citas no fueran auténticas. Es oportuno agregar que era ardiente francófilo en la guerra que desolaba entonces a Europa.

El ambiente.

Para explicar la génesis de sus aficiones literarias, hay que tomar en cuenta, ante todo, su innegable vocación natural, su inquietud literaria, su espíritu eminentemente artístico. Su entrada en el mundo de las letras, como la de casi todos los hispanoamericanos, la hizo por la vía del periodismo. Era puntual de cuantas representaciones dramáticas y operísticas se daban entonces en el Nacional y otros teatros y amigo de cuanto comiquillo o actriz de algún relieve se varaba en el país. Además —y ello reviste gran importancia— el ambiente era entonces propicio al cultivo y a la creación literarios. Había una especie de cenáculos a los que concurrían los consagrados, y alcanzó a disfrutar, en las postrimerías de Zambrana, de los paliques en que tantos periodistas y escritores afinaron el calatre. Pero en la época a que me refiero, la etapa zambraneana había visto su ocaso. Se formaban *también* tertulias ocasionales, frecuentadas por escritores consagrados o en ciernese. Las figuras más destacadas, con raras excepciones, no tomaban parte en esas palestras, pero daban lustre al ambiente y lo alentaban con su estímulo, que no escatimaban. Entre los buenos conversadores, fuera de los que llevaban la batuta, como don Ricardo Fernández Guardia, don Víctor Guardia Quirós, Alejandrito (don Alejandro Alvarado Quirós), don Joaquín García Monge, don Fabio Baudrit, don Ernesto Martín, don Guillermo Vargas Calvo, don Jenaro Cardona, don Ramón Zelaya, don Billo Zeledón (don Roberto Brenes Mesén estaba entonces en Wáshington), había otros un poco más jóvenes, como Eduardo Calsamiglia, José Fabio Garnier, Omar Dengo, Rubén Coto, Camilo Cruz Santos, José Albertazzi Avendaño, Raúl Salazar, Roberto Valladares, Rómulo Tovar, Carmen Lyra, María Teresa Obregón, Esther de Mézerville, Lilia González, Angelita Acuña, Angela Jiménez, Ana Rosa Chacón, Rogelio Sotela, Rafael Cardona, Arturo García Solano, Hernán Zamora Elizondo, Asdrúbal Villalobos, Julio Padilla, Raúl Guzmán, y, si bien con participación menos activa, porque eran todavía muy jóvenes, aunque precoces, estaban Miní Salazar (Carlos Salazar Gagini), Joaquín Vargas Coto, Julián Marchena, el Panzón (Jorge) Salazar y otros; Alejandro Aguilar Machado era, pese a su facundia, algo retraído; Octavio Jiménez, siempre muy señero, y Vincenzi, filósofo ya y nietzscheano, formaba casa aparte. Vicente Sáenz estaba por entonces fuera del país. Había, a-

demás, un nutrido cortejo de catecúmenos, que buscaban la oportunidad de echar su cuarto a espadas en las conversaciones literarias, como Yayo (Eduardo Hütt, Soldadito (Víctor Manuel Rojas), Cañitas (Víctor Manuel Cañas Frutos), el Macho (Rafael) Salas y el que estas líneas perpetra que, aunque no *pronunciábamos*, como la lechuza del cuento, poníamos mucho cuidado.

Una digresión que no está de más.

Algún tiempo después de estallar la Primera Guerra Mundial, si mal no recuerdo, tuvo lugar un acontecimiento destinado a asumir gran significación en la vida intelectual de la capital. Me refiero a la fundación de una librería llamada "La Lectura Barata", barata en los precios, pero no en la importancia de las obras de cuya popularización fue instrumento. Se instaló en la esquina de la casa de doña Panchita Cañas, o sea en lo que es hoy el extremo suroeste de la Plazoleta del Club Unión, frente al viejo Correo, que estaba situado en la manzana siguiente, yendo al Sur. El edificio de correos era un caserón viejo y destartalado, que tenía una especie de patio enclavado, donde los intelectuales se congregaban, no tanto con la esperanza de hallar en el casillero otra cosa que recordatorios de cuentas, sino más bien con el deseo de encontrar alguien con quien echar la lengua a retozar. Era ése, hasta entonces, casi el único oasis, fuera del vestíbulo de la Biblioteca Nacional o los poyos del Morazán, donde la gente podía departir sobre cosas del espíritu. Cierto es que contiguo a "La Lectura Barata" estaba alojado el Club Internacional; pero ése era un centro de la alta burguesía, hermético y "aliterario", algo así como una ampliación en sepia de la Sastrería de Valenzuela. De modo que la intelectualidad vió el cielo abierto cuando se estableció "La Lectura Barata", pues aunque el local era pequeño, cabían algunas personas, si se turnaban, que podían conversar a sus anchas acerca de los nuevos libros que llegaban, y cambiar impresiones. La labor de popularización de buenas obras que realizó esa librería, en los limitados años de vida que tuvo, fue de lo más fecunda. Por primera vez se daba el caso de que una empresa comercial introdujera libros no con vistas al beneficio venal, sino tomando exclusivamente en cuenta su calidad. Allí se vendía un notabilísimo semanario español, "España", órgano, por decirlo así, de la llamada generación del 98, donde fuimos iniciados en el conocimiento de autores para muchos de nosotros desconocidos, como Shaw, Chesterton y Wells, y donde saboreamos los excelentes artículos de quien se hacía llamar con el apelativo de El Preocupado (José Ortega y Gasset; Luis de Zulueta, Pérez de Ayala, Pedro Mourlane Michelena, García Sanchiz, Luis Araquistain, Baroja, Unamuno, Benavente, Martínez Sierra, Xenius (Eugenio d'Ors), los versos de José Moreno Villa, de Fernández Ardavín, las reproducciones de las esculturas de Julio Antonio, los cuadros de Zuloaga, de Romero de Torres, de Gustavo de Maeztu, las críticas de pintura de Juan de la Encina y las geniales y agudas caricaturas de Luis Bagaría, furibundo germanófilo. Fue en "España" donde, con ocasión de la muerte de Darío, vimos reproducido entonces aquel exquisito y delicado poema de Rubén, casi desconocido entonces, que comenzaba "Yo soy aquel que ayer no más decía . . ." "La Lectura Barata" comenzó a distribuir las primeras entregas de la Historia Ilustrada de la Guerra Europea, de Gabriel Hanotaux, admirablemente traducida al español por Luis Ruiz Contreras, el egregio traductor de Maeterlinck, y con un conceptuosísimo prólogo de Unamuno. Comenzó a vender y a popularizar las publicaciones de las grandes editoriales españolas, incluso las de algunas un poco más modestas, como las de la Sempere (después Prometeo), con sus típicos libros en rústica y páginas amarillentas, en cuya portada aparecía, en un medallón, el retrato de cada autor, libros de gran variedad, como *Ariel*, de Rodó, con prólogo de Clarín; *"Idola Fori"*, de Carlos Arturo Torres, las obras de Schopenhauer, de Nietzche, *"El origen de las especies"*, de Darwin, *"Los Filósofos del Siglo Diez y Nueve"*, *"Averroes y el Averroismo"* y otras obras sueltas de Renan, aunque no la *"Vida de Jesús"*. Y no debemos olvidar que entre las obras de esa colección figuraba la de un distinguido compatriota nuestro, *"Perfume de Belleza"*, obra primigenia quizás no superada por su autor, José Fabio Garnier, que aparecía en el medallón sumamente joven. También, cuando el nombre de cambió al de Prometeo, publicó esa editorial las traducciones de *La Iliada* y *La Odisea*, basadas en la "traducción" al francés de Leconte de Lisle, que dicen no sabía mucho griego y designado por algunos, "traductor de traductores". Como gran poeta que era pudo De Lisle captar muy bien el genio homérico y da la impresión de que se está leyendo el texto auténtico del ciego aedo. A esa impresión contribuyó el hecho de usar para los nombres de los héroes de la edad heroica, no el nombre latino adoptado en las traducciones tradicionales, como la italiana de *La Iliada*, de Monti, en endecasílabos, y la española de Gómez Hermosilla (Don Josef Mamerto) ni siquiera la adaptación del nombre griego, sino el mismo nombre griego, llamando Persefonea, no Proserpina, sino Persefonaia, y a Hermes, Hermeias, a Ulises, Odiseus. Aquiles siempre tuvo más o menos el nombre griego, Aquileus o Ajileus, que don Valeriano insistía en llamar Aquileo, como Aquileo Orlich. También aparecieron en esa misma colección, traducidos también "directamente" del francés, como decía Clarín que leía él el griego, las Comedias de Aristófanes y las Tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Podían adquirirse también en la misma librería las excelentes ediciones Renacimiento, obras esmeradamente impresas, entre las que se contaban varias de Unamuno, de Azorín, Marquina, "A. M. D. G." (La vida en los Colegios de Jesuítas), de Ramón Pérez de Ayala, que ahora no puede conseguirse porque el régimen de Franco la ha prohibido. Asimismo la notable colección de clásicos castellanos de "La Lectura", que acababa de establecerse, con texto muy bien compulsado, a diferencia de las de la Biblioteca Rivadeneyra, que contenían tantos errores y descuidos que obligaron a Cuervo a desistir de completar su monumental Diccionario de Construcción y Régimen cuando descubrió que los textos en que basaba algunas de sus conclusiones eran poco dignos de confianza. Entre las obras que allí adquirí figuraba la Gramática Griega, de Don Julio Cejador y Frauca. Importó también las obras de la colección filosófica que dirigía Gustavo Le Bon. Algunas de las traducciones eran sin duda deficientes, pero suplían la falta de los que no conocían otras lenguas modernas. No quiero dejar de mencionar las obras de la casa Enrich, que publicó "El Culto de los Héroes" de Carlyle, los "Ensayos" de Emerson, "El Siglo de los Niños", de Ellen Key y muchas otras de índole sociológica. Tampoco debe omitirse la edición Centenario de El Quijote.

Patrocinada por el mismo grupo de "La Lectura Barata", y editada por aquella extraña mezcla de comerciante, gran idealista y anarquista o sindicalista teriosano, Ricardo Falcó Mayor, se publicó una revista llamada "Renovación", de la que aparecieron pocos números y el primero de los cuales fue dedicado a conmemorar la memoria de Don Francisco Ferrer Guardia a quien se ahorcó en la Fortaleza de Montjuich, no tanto por creérsele realmente complicado en la Semana Trágica de Barcelona, sino porque Alfonso XIII quería manifestar su independencia y su valor, ante los temores de la Corona inglesa, que temía por la vida del monarca. Otro número llevaba en la portada el retrato de Carmen Jiménez, que tantas promesas hacía esperar para la intelectualidad costarricense. No recuerdo si Paco colaboró o no en esa revista, pero sé que era del mismo grupo, junto con Camilo Cruz Santos, Calsamiglia, Billo, Rubén Cotu, Chabela, etc.

Pero aquel emporio de cultura era demasiado bello para ser verdad y la librería tuvo por fin que zozobrar, no sin haber dejado, como decimos, honda huella en la cultura. Los recursos económicos de los amantes de las bellas letras son siempre limitados, y una librería que se abstenía sistemáticamente de ofrecer las novelas de Carolina Invernizio, las Aventuras de Nick Carter, con sus espeluznantes, truculentas e inartísticas ilustraciones en colores ("Batalla entre las nubes", "El Crimen del Vagón-Cama", eran algunos de los títulos), y las de Rocambole, tenía pocas perspectivas de prosperar en nuestro medio. Y pensar que la librería pudiera recapacitar, cambiar de política y abatirse a las granjerías del vulgo era algo inconcebible, aun en el caso de peligro de muerte de la empresa, y si alguna vez las consideraciones prácticas hubieran ejercido presión, que no la hubo, para que se depusiera el estandarte del ideal, allí estaba un ínclito cancerbero, una dependiente modesta pero firme, con la

un ínclito cancerbero, sus dependiente modesta, pero firme, con la que no valían palabras blandas: Carmen Lyra. Recuerdo que habiendo llegado yo un día a comprar el "Asno de Oro" de Apuleyo, al que le tenía echado el ojo, entró de improviso en la librería una apuesta joven, con todo el aspecto de impenitente y romántica lectora, y le preguntó a Chabela (Carmen Lyra) si tenía allí "La Reina del Mercado" de Carlota *Bramé* (Braeme; su pronunciación correcta es bréim), la prolífera e inagotable inglesa en cuyas novelas las heroínas perdían la honra antes de las diez primeras páginas. Había que ver la cara de angustia de Chabela, tratando de disuadir a la cliente de que prosiguiera en la búsqueda. Le explicó que Carlota Mónica era una novelista de mal gusto y que no esperaban tener las obras de esa autora ni las de la divina Carolina, como tampoco "El Mártir del Gólgota", de Pérez Escrich ni "La Pastora del Guadiela", ni siquiera "Genoveva de Brabante". Podría jurar que la joven lectora salió disparada a buscar la novela de Carlota en alguna otra librería más "comprensiva".

Entre los libros enumerados merece especial mención "El Siglo de los Niños", de la eminente feminista y educadora sueca, Ellen Key, que puede leerse todavía con provecho y que merece volverse a leer en la seguridad de encontrar nueva inspiración en ella, a pesar de que muchas de las ideas que lanzó no parecerían tal vez ahora novedosas, precisamente por haberse incorporado en buena medida en las orientaciones directrices de la educación moderna y en formar parte del acervo del mundo civilizado. Ese libro ejerció gran influencia en la ideología de Omar Dengo y de otros distinguidos elementos de la despectivamente apellidada entonces "argolla pedagógica", y, a través de esos educadores, en la cultura del país, por lo menos en la de aquel tiempo.

Tal era, pues, el panorama espiritual de la élite de aquel tiempo, lleno de gran hervor, de inquietudes contagiosas, que privaba en la época en que Soler inició su carrera literaria. Esa tonalidad permeaba todo el ambiente del pequeño mundo intelectual al que despertamos los jóvenes de entonces concomitantemente con la tragedia de la primera guerra europea.

EL PERIODISTA

Las necesidades de la vida y el hecho de no tener profesión determinada, aunque, como veremos luego, quiso una vez endilgarse por la abogacía, unido a la circunstancia de carecer de patrimonio y su inclinación a la política, o más bien el deseo de contarse siempre entre la oposición nacido de sus tendencias no conformistas, hicieron que Paco tuviera que aprender a escribir en "nosotros", es decir, que tuvo que practicar el periodismo. Era un hombre de combate, lo que en aquella época significaba hacerles el caldo gordo a los políticos que, una vez alcanzado su objetivo, se olvidaban fácilmente de los que les habían metido el hombro. Las deudas políticas había que recordárselas a los caciques y Soler no tenía el temperamento para esa clase de mementos. Tan brillante y agudo llegó a ser como periodista que durante muchos meses sostuvo casi el interés del lector popular con una colaboración diaria en *La Prensa Libre* que titulada "La Nota Rápida" y con otra que apareció en *La República* con el nombre de "La Racha". Todos aguardábamos como pan caliente el grito de los pregoneros para ver qué nuevas salidas y agudezas nos tenía reservadas para ese día. Más tarde fundó algún semanario humorístico que también fue muy bien acogido. Allí su fisga comenzó a ser inclemente aun con sus amigos, algunos de los cuales no podían menos que resentirse. Era muy buen amigo y admirador de Omar, pero cada vez que llegaban noticias de Heredia de algún desborde sentimental entre las normalistas, Paco no dejaba de echarles alguna "chinita". El fue quien dió a conocer la especie, probablemente inventada por compañeras o compañeros de una joven que meditaba en que a su edad Alejandro había conquistado ya el mundo y ella no había hecho cosa que de contar fuese. Hasta entonces el aspecto puramente literario de su labor o estaba latente o sus producciones pasaban por la etapa de lo inédito. Fue, pues, motivo de asombro, para los mismos que estábamos de continuo en su compañía, la aparición en letra de molde, un buen día, de "El Resplandor del Ocaso", cuento dramático o drama novelado, de factura más o menos europea. La obrita causó gran revuelo en el cotarro literario, pues era nuncio de grandes acontecimientos artísticos para el porvenir. El estilo era suelto y armónico y el cuento tenía todos los elementos de suspensión y desenlace apropiado de las composiciones de ese género. Después publicó algunos otros cuentos que andan desperdigados en las páginas de los periódicos y que alguien debiera encargarse de recoger y hacer imprimir.

Es natural hacer conjeturas de lo que habría sido Soler como escritor si hubiera vivido el promedio de años que las estadísticas de seguros le señalaban. Se me ocurre pensar que su vena estaba en el cuento corto y chispeante, a la manera de Maupassant, y también cabe suponer que hubiera acometido también la composición de novelas de gran aliento. Claro está que las dificultades que en esto último hubiera encontrado habrían resultado casi insuperables. En primer lugar, la novela no tiene en nuestro medio y acaso en la América Española el arraigo y la tradición que permite, imitando aquí y corrigiendo y rectificando allá ciertos métodos de tratamiento, realizar la continuidad de este género, que es algo necesario, independientemente del tema. No creo que hubiera seguido la corriente regionalista, pintando al campesino, cuyo lenguaje se le antojaba tosco y antiestético. Habría pintado o la clase social que mejor conocía y dentro de la que vivía, o la clase media, donde indudablemente se sentía más *at home*. Pero la alta sociedad, en la que pueden ocurrir dramas interesantes, como en cualquiera otra esfera social, tiene el inconveniente, desde el punto de vista del novelista, de ser profundamente ramplena, y en la clase media, que es lo mejor que tenemos, no se ha alcanzado la debida estabilidad que permita utilizarla como punto de partida para la invención novelesca. La clase media está en perpetuo devenir, y si bien una buena parte de los elementos que la constituyen están contentos de su condición y no les preocupa el permanecer estables, muchos de ellos están esperando la oportunidad, mediante la adopción de una carrera como la Medicina (la abogacía está ya muy depreciada como peldaño de arribistas), que les sirva de trampolín para realizar un buen matrimonio y de ese modo ascender súbita y seguramente por la escala social y cambiar de nivel. Es claro que todo este tejemaneje, cómico a veces, a veces trágico, ofrece material para el novelista de ojo avizor. Pero ¿qué hacer con el lenguaje en un país donde los esposos se tratan de

THOMPSON & CIA. LTDA.

OFRECE EQUIPOS DE LA MEJOR CALIDAD:

- Maquinaria de Carpintería DURO
- Soldadoras de Arco HOBART
- Herramientas Eléctricas SKIL
- Bombas de Agua DURO
- Compresores de Aire BRUNNER
- Sierra de Cinta DOALL
- Poleas y Muñoneras de todo tamaño

Pregunte a quien tenga una máquina vendida por nosotros

Teléfonos: 2013 - 6187

usted y en que todos, linajudos e hijos de vecino, se "vosean"? El tratar de introducir el tú en esos casos sería cosa hueca y peor aún si, tratándose de una dama encopetada, hablando con sus admiradores, les llamara de "vosotros". Esos problemas casi no existen para los novelistas peninsulares: los estratos sociales están más estereotipados. Por otra parte, en un medio tan estrecho como el nuestro en que todo el mundo se conoce y se sabe la vida y misterio de todo el mundo, el novelista se encuentra muy restringido en la elección del entredo novelesco y en la invención de los caracteres, y se ve obligado a buscar episodios o a idear personajes absurdos y extraños al medio, a fin de despistar y evitar que el malicioso lector reconozca en los personajes de la novela a Zutanita y a Menganito y a sus parientes, Don Fulano y Don Perencejo y acuse al autor de venganzas ruines o por lo menos de infidencia o poca discreción. Al huirse de estos escollos puede caerse fácilmente en el peligro de la completa irrealidad de los entes fictos.

UN PRESUNTO ABOGADO QUE SE MALOGRA EN AGRAZ

Ignoro cuáles fueron realmente los antecedentes escolares o académicos de Paco. No era bachiller de Costa Rica. Me parece que obtuvo el bachillerato, como Albertazzi, en algún otro país centroamericano, si efectivamente lo optó, quizás de un "cornetazo", lo que no es para sonrojarse. Ha habido casos similares de abogados en el país que obtuvieron así su grado, y yo mismo no vacilaría en que se me regalara ese honor, para poder anteponer el "Lic." a mi nombre. Después de todo, ¿no soy "subteniente" por decreto de Don Chico Aguilar Barquero, como premio a mi valor —verdadero militar "de carrera"— al haberme "levitado" a través de una ventana, saliendo disparado un día en que la policía, en la época de Don Juan Bautista Quirós, disolvió una reunión política en la Plaza de las Arcadas, sin saber manejar otro sable que el del "prestáme medio"? Lo cierto es que un día Paco se apareció, dispuesto a emprender una carrera, en la Escuela de Derecho, por la que tantos han pasado con el deseo, pareciera, de tener el placer de aburrir luego los hábitos. ¿Cómo imaginarse haciendo un escrito de demanda a Julián Marchena, que también estudió Derecho algunos años, sin graduarse? El "infrascrito", para hablar en lenguaje leguleyesco, hizo también cinco años de presencia (el Secretario de entonces decía que "de ausencia"), en los pasillos y corredores, calentando apenas el asiento mientras pasaban lista, para volver a salir. Tampoco estoy seguro de que Paco se matriculara en toda forma. No le interesaba la Jurisprudencia ni creo que hubiera aprendido nada en ese plantel. Me parece que más bien asistía "por compañerismo" o por lo céntrico que estaba situada la Escuela, en la antigua casa de Don Fabián Esquivel, que quedaba, por una de esas coincidencias providenciales, a pocos pasos de una de las importantes instituciones con que cuenta el país, el Monte Nacional de Piedad, donde muchas veces fuimos a depositar prendas propias u obtenidas en préstamo. Eso nos permitió formarnos un concepto más cabal, del que pudieran enseñarnos los libros, de lo que es un contrato pignoraticio. Paco era, *pignoraticiamente* hablando, muy escrupuloso y siempre que empeñaba (él mismo se ufanaba de ser un hombre *empeñoso*) algún objeto de valor que se deparaba en casa de Carmen Lyra, con conocimiento de ella o sin él, no dejaba de enviarle la papeleta con religiosa puntualidad. Carmen Lyra, que lo quiso entrañablemente, celebraba como otras tantas genialidades, estas muchachadas de Paco. Paco hacía esto por travesura, aunque siempre quedaba la duda de si, como ocurre con los cómicos en aquellas escenas donde hay alguna merienda, en la que comen "de verdad", lo hacía acaso por necesidad. Todos simpatizaban mucho en la Escuela de Derecho con el más reciente recluta en los ejercicios de la Justicia (Justicia *preceptajunt haec*..... entonaba el profesor de Derecho Civil, con voz carvernosa y magistral). El único profesor con que estuvo a veces de punta, fue con el Dr. Don Alejandro Rivas Vázquez, jurista veneolano, que tenía a su cargo la cátedra de Derecho Romano.

UNA FAMILIA ROMANA QUE PACO DESCONOCIA

Rivas nos saludaba indefectiblemente diciendo "Buen Día", en vez del consuetudinario plural, y esto ponía a Paco como agua para chocolate. Fiel a sus principios, Paco llegaba siempre tarde a las clases de Rivas, que no perdía ocasión de hacer observaciones capciosas respecto del poco interés del poeta —por tal reputaba a Soler— por la Ciencia. Paco fue increíblemente sufrido y paciente, para un hombre de su temperamento altivo, y usó de gran templanza. Pero una vez se produjo el choque inevitable. Rivas, viendo a Paco desatento, ocupado en emborronar cuartillas, sin preocuparse del Palimesto de Gayo ni de las Novelas de Justiniano (a quien creía muy mal *novelista*), le dirigió mesperadamente una pregunta sobre el tema; *familiae erciscundae*, que a lo que pudimos colegir era una acción para la división de herencias. Paco fingió socorrronamente entender que le preguntaba por la familia "Erciscunde", y le contestó que estaba un poco herrumbrado en achaques de genealogía romana. El profesor, de aspecto amenazante aun en los momentos más apacibles, por su copete a la francesa, se arriscó más los pobladísimos y encerados mostachos kaiserescos y montó súbitamente en cólera. La tempestad estaba a punto de desatarse y nadie podía predecir sus consecuencias. Pero tras un rato de angustiosa suspensión, el profesor recapacitó y con patética solicitud procedió a explicarle el misterio, no sólo de la referida acción, sino también, por añadidura, de la de *communi dividundo* y *finium regundorum*. Paco le mostró su profundo agradecimiento por la deferencia que le hacía de proporcionarle información y el incidente no pasó a más. Desde entonces el togado fue más tolerante con la literatura y una *Pax Romana* reinó en el augusto recinto.

Allí, sobre los pupitres de la antigua escuela escribió Paco algunos de sus mejores cuentos. Todavía vibran en mis oídos aquellos sonoros períodos que comenzaban: "El hermano Pedro de Bentancourt, apagada la candileja....."

EL SATIRICO

Paco era, sobre todo, un amenísimo conversador y fue como tal que ejerció la parte más importante de su apostolado, como émulo de Voltaire y de Quevedo. Desgraciadamente las palabras, en una época en que no había radio ni grabador de cinta magnética, se las llevaba el viento y mucho me temo que ese aspecto de las actividades de su ingenio quedara perdido para siempre. Paco era volteriano, candente y asolador en sus ocurrencias. Aborrecía la simulación, pero estaba listo a reconocer los valores auténticos donde los encontrara. Su crítica no siempre era destructiva y proporcionaba muchas veces orientación y, en todo caso, estímulo. Contra lo que creían algunos de sus detractores, jamás fue hombre encanallado ni ponzoñoso. Bilioso, tal vez, y de carácter violento, no cabe duda; pero no malévolo ni rencoroso. Era maestro en el arte del vituperio, cuando creía que era menester usar de esa arma, especialmente en las luchas políticas, y no reconocía superiores sino a los grandes exponentes del arte, Montalvo y Blanco Fombona. Era, sin embargo, profundamente generoso, de buen corazón, de esos hombres que se quitan la camisa —y no metafóricamente— para ayudar a otro. Puedo decirlo por propia experiencia. Los prohombres de Centro América, ampulosos y solemnes, no obstante su preclara inteligencia, no conciben el sano humor ni el *esprit*, que lo atribuyen o a malos hígados o a móviles ulteriores inexquinos. Así se explica que en un pique que tuvo con el Dr. D. Manuel Diéguez, el distinguido publicista y jurista guatemalteco, éste, un día lo motejara de "chocoso". Este epíteto injusto lastimó a Paco en lo hondo, lo que no obstó para que cuando el Dr. Diéguez estaba en el lecho de muerte, Paco le escribiera la más cumplida, sentida y afectuosa carta, en la que protestaba su respeto, estima y admiración al viejo luchador.

Su talante habría sido más tranquilo y apacible si las angustias económicas no lo hubieran acosado con inexorable terquedad. Bondadoso y todo, Paco era de los que no vacilaban en sacrificar un amigo a un chiste. Si la infidencia hubiera hecho públicas algunas de sus salidas, se habría captado la enemistad de más personas. Tenía una su clasificación de los locos distinguidos de San José, que era muy graciosa, y entre lo más interesante de ella estaba la subdivisión de lo que llamaba los "locos ceremoniosos". Como muchos de sus miembros de esa subdivisión han sobrevivido a Paco, no seré yo quien divulgue sus nombres.

Homenaje y restitución a Carmen Lira

Por: FRANCISCO MARIN CAÑAS

Un 14 de mayo murió en México Carmen Lira. Hace diez años. Parece que hiciera cien.

Tal el silencio que pesa sobre su nombre. Tal la tupida cortina de ignorancia tendida alrededor de su recuerdo. Tal la densidad del menosprecio en que, a causa de un mal entendimiento inenarrable, ha caído la memoria de una de las más altas y dulces costarricenses.

—— o ——

¿Quién va a creer hoy en la cantidad de luz que en otros tiempos desprendía el sólo nombre de Carmen Lira? La cantidad de amor, de sencillez y de gracia. La cantidad, incluso, de heroísmo. Era como si todo él, por mitades floral y armónico —y por mitades iguales— exhalara algo de tierno, humilde, maternal, sonreído y docente. Todos lo percibían. Para mí tuvo también, desde niño, mucho de mágico en sí mismo. Porque mi padre concibió un buen día la galana idea de regalarme sus inmortales "Cuentos de mi Tía Panchita", y después, una mañana, cuando volvía de jugar en el Parque España (que entonces se llamaba de La Concordia, sepa Dios por qué) me la señaló diciéndome que era "la Maestra"; aquélla a quien los bomberos revolcaran con el feroz chorro de sus mangueras de riego el día, ya olvidado en que de las escuelas saliera la más turbulenta manifestación femenil jamás vista.

Y yo pensé en lo horriblemente injusto de la cosa, siendo como era ella tan chiquitilla.

—— o ——

Curioso que sea de nuevo un sentimiento de repulsión ante la injusticia lo que me obliga ahora a aludir al monstruoso silencio dentro del cual, sin la menor razón, se mantiene su nombre.

Curioso, sí, pero no casual. Pues ella, vivió, luchó y padeció la injusticia, como si estuviere destinada a servirle de testigo y de víctima. Fue de la confrontación de su espíritu delicado con la injusticia de donde había de extraer toda su grandeza. Sólo eso explica su persona y su postura. Y sólo eso, también, lo de "entonces"... y lo de "ahora".

Pero esto es atroz y debe concluir. Como que hay que devolverle su lugar en las Letras y en la devoción nacionales, en nombre de todo lo que se le debe. Reparar, en suma, el tremendo error que, al cabo de diez años —cuando hasta las peores penas prescriben— quiere seguir cebándose en ella, por encima de la lógica más elemental, instigado por un descuido inconfesable.

Todo lo demás carecería de sentido, sería perjudicial y vergonzoso. Ella era todo amor, solicitud, ternura, dación, humildad. Alguien me preguntó una vez que si yo había visto de cerca a un santo. Dije que a dos. Uno de ellos era ella. Y lo era, por lo mismo que el otro: porque no se le había pasado por la cabeza el serlo.

Hace 25 años yo la traté mucho, la conocí bastante. Me honró con su amistad. Lo que no es chica cosa. Hoy me ufano de conservar recuerdos sagrados, que ella llena por completo con su bondad infinita, con su sencillez desconcertante.

Chabela, como la llamábamos los que íbamos por entonces a las veladas semiliterarias de su casa (donde Maruja Castro tocaba la guitarra puesta sobre el piso y sólo con las puntas de los dedos, perpendiculares a las cuerdas, como si fuera hawaiana, acompañándose unos tangos que decía a media voz) y en las que cada cual después, casi por turno, expresaba a su manera esas cosas juveniles y esperanzadas que la ciudad opaca, a nuestro alrededor, apenas hubiera comprendido, pero que allí cobraban vigencia gracias a la oreja comprensiva de ella, que se estaba horas de horas escuchando con maternal paciencia y tolerancia monjil, consciente del aliento que nos daba, cuanto quiso Dios meternos dentro del pecho; esa sin igual Chabela, mínima hasta la negación y sencilla hasta el avergonzamiento, reía y como un conejito asustado se arrodajaba más estrechamente al fondo del sofacillo si, por haberle llegado el turno, se veía en trance de contar algo de su vida, alguna cosa de sus obras.

—No, no, muchachos... Pero si yo nunca he hecho nada que valga la pena. Eso que escribí, porque me lo contaron. Si no yo, ¿de dónde...!

Además de "La Silla de Ruedas" y de los de "Mi Tía Panchita", hay por ahí un sinfín de cuentos y relatos de Carmen Lira, que son miel para el paladar. Una obra no toda infantil. Una obra no sólo pedagógica. Desde luego, ella es la mujer que mejor ha escrito en Costa Rica. La que ha escrito más dentro del orden

——(Pasa a la Página 16)

Homenaje y restitución ..... **(Viene de la Página 13)——**

de lo que cabe conceptuarse literario.. Mentira, no sólo a los comunistas les pertenece.

Ella, sin embargo, decía "¿De dónde, yo?"

¿De dónde —es lo que cabría preguntarse ahora— un olvido tan tenaz, una proscripción tan implacable contra su nombre?

Estoy seguro de que si hoy me fuera dable encontrármela, como me la encontré la última vez que la vi (sería enero del 49 y estaba tomando el sol en una banca del Paseo de la Reforma, envuelta en una sweter raída y con un pañolillo desteñido arrollado a la cabeza), ante la indignación con que le plantearía lo que estoy viendo que sucede respecto de su persona después de diez años de de desaparecida, me contestaría lo mismo. Porque si de algo no sabía Carmen era de rencores.

—— o ——

El encuentro, entonces, fue muy breve. Al verla, me le acerqué. El cáncer había dejado ya muy poco de ella. Con todo y eso, ¡qué gusto me daba verla!

—Pero Chabela . . . ¿Cómo está?

E Isabel Carvajal, alegre a su vez de volverme a apretar la mano después de tantos años, con un resto de aquella suave ironía que tan a menudo usaba contra sí misma, mirándome a los ojos rectamente aludió, en cierta forma, al mísero cuerpecillo que asoleaba, diciendo, nada más:

—Idiay...

Y olvidándose de sí, se puso a interesarse en mi vida. Seguían siendo la misma: un ser despojado de toda vanidad, de todo egoísmo, de toda pequeñez. Sólo la materia era en ella mediocre. Quizá porque el espíritu, antes que la enfermedad, se había encargado de consumírsela.

—— o ——

Pero lo que me parece increíble es que en Costa Rica se permita aún que otro "saratán" espantoso —el del Olvido— siga devorándola, comiéndosela entera, espíritu incluso, hasta no dejar nada de su existencia.

Hay, empero, allí una obra que nadie puede negar. Y hay también un deber de la patria para con ella. En nombre de ambas cosas, dejó aquí una idea —única justa forma de retribución que encuentro— para que alguien con más autoridad y corazón algún día la prohije y ejecute: una calle de San José deberá llevar su nombre.

¿Acaso aquella mismo donde ella viviera tantos años en la casita sombreada, de apretados adobes, que aún sigue siendo —así como una imagen suya en medio de la ciudad?

Sobre su recia tapia florecía cada marzo una orquídea pimpolleante y aromosa, cuyos capullos colgaban generosamente barda afuera como una lluvia áurea, en la cual materializo hoy su recuerdo, algo semejante al de algo que perfuma y esplende, un poco demasiado alto para poderlo alcanzar y demasiado bello para olvidarlo, pero sustentándose de la tierra, en el aire.

(Del Diario de Costa Rica)

Cómo conocí a Carmen Lyra[5]

Recuerdos.

1922. Éramos estudiantes en la Escuela Normal de Costa Rica. ¡Aquella Escuela Normal de García Monge y Omar Dengo!

Un día me llamó la profesora de literatura y me dijo:

– Mire, muchachita, si usted quiere puede pasar a mi casa todas las semanas por el *Repertorio Americano*; yo se lo puedo regalar después de que lo haya leído.

Yo me puse roja de vergüenza; comprendí que la profesora me había visto durante el recreo, curioseando los papeles que ella dejara sobre el escritorio del aula de clase.

Y aquella mañana, cuyo recuerdo llena de sol los amplios corredores, las aulas y jardines de la Normal, salí entre el barullo estudiantil, sola, con el paso ligero, apretando en mi corazón, como un secreto, la emoción que las sencillas palabras de la profesora encendieron en mi espíritu de muchacha adolescente, a quien por primera vez, alguien le ofrecía una revista literaria: el *Repertorio Americano*.

¿Dónde viviría la señorita profesora? ¿Cómo sería su casa? ¿A qué hora sería más conveniente ir a visitarla? ¿Y si en ese momento estuviera escribiendo alguna pieza literaria, no se podría enojar? ¿Iría yo sola o contaría el secreto a alguna de mis compañeras?

Mi madre dispuso que fuera acompañada de uno de mis hermanitos. "Es muy lejos tenés que atravesar toda la ciudad, desde el Pacífico hasta el barrio de Amón; no podía ir sola, además ni siquiera sabemos quién es esa gente a donde vas a ir por primera vez".

Y por primera vez, una tarde de 1922, quién sabe qué día y en qué fecha, salí con mi hermanito de la mano, a buscar en el barrio de Amón la casa de Carmen Lyra, mi profesora de literatura.

---

5. *Repertorio Americano* (San José, XLVI– 2, 10 enero, 1950) 20–21. Se publicó con el subtítulo "Atención de la autora, en San José de Costa Rica, noviembre de 1949".

¡Cuántas puertas enfiladas a lo largo de calles y avenidas mirándose unas a otras! ¡Abiertas en las mañanitas de sol, cerradas y frías en la oscuridad de la noche, ocultando las singulares tristezas y alegrías de cada hogar!

¿Cuál sería en la avenida sétima la casa de Carmen Lyra? Mi cabeza, llena de la fantasía que crea la admiración por los literatos, imaginaba una casa lindísima de grandes ventanales, rodeada de jardines, desde los cuales las musas darían su inspiración a la gran escritora. Pero la verdad es que no teníamos donde perdernos; las señas eran claras y precisas: de la esquina de la pulpería Limón, ciento cincuenta varas al este, a mano derecha, una casita de adobes, bajita, seguida de una tapia cubierta de flores. Nada más, y ya estábamos frente a una puertecita angosta, de madera, embutida entre gruesas paredes de adobes que formaban la puerta "de cajón" de la casa de Carmen Lyra; tal vez la puerta de marco ancho, bajo el cual puede uno guarecerse de la lluvia y del sol.

Subimos la grada de piedra y respiramos fuerte y profundo para animarnos a tocar en la casa donde, según las señas, vivía la profesora.

Ella misma salió a abrirnos; yo traía a flor de labio la frase lista y sin saludarla siquiera, le dije:

–Niña Chabela, vengo por el *Repertorio* que usted me ofreció.

–Entre, entre, pase adelante, no se quede allí; venga, siéntese y conversamos un ratito. Y ese muchachito, ¿de quién es? ¿Es su hermanito? Pero, siéntese por aquí...

Y así, esa tarde de 1922, entré por primera vez en la casa de Carmen Lyra, por aquella puerta mágica, que me abrió un mundo nuevo y lleno de esperanzas de estudio y de trabajo, de amor y comprensión para todos los seres humanos que tocaba la puertecita vecina de la tapia, siempre cubierta de flores...

Desde aquel día, la ida a la casa de Carmen Lyra a traer el *Repertorio Americano*, era una aventura que yo imaginaba cada semana, soñando con el ratito amable que pasaría en la salita acogedora y cordial, conversando con ella sobre tantas cosas extrañas y maravillosas para mi alma nueva y juvenil que, bebiéndose los vientos, atravesaba presurosa las calles y avenidas que conducían a la casa de la profesora de literatura, quien en horas o lectivas, dejaba tiempo libre para contarme, como en sus lindos cuentos, las historias más bellas sobre los grandes y pequeños hechos que suceden en el mundo.

Esta semana conversábamos acerca de aquel cuadrito que está en un rincón de la sala, cerca de la ventana: son las bailarinas de Degas, del pintor francés y haciéndome observar la técnica especial que daba el movimiento y ligereza de los vaporosos cuerpos y vestidos de las bailarinas; la otra semana la conversación giraba alrededor del último concierto de Debussy o de alguna sonata de Beethoven: para mí, aquellos comentarios eran música celestial, como lejanas y extrañas fantasías de un mundo maravilloso, tan lejos de mi pobre barrio del Pacífico... ella comprendía que yo nunca había ido al Teatro Nacional y sin decírmelo, con fina discreción me invitaba para que la acompañara la próxima semana al concierto de Mendelssohn.

Esta es un hada de verdad, me decía yo para mis adentros, al regresar a mi casa pobre y triste arrinconada allá en uno de los barrios bajos de la ciudad. Semana tras semana volvía yo con nuevos libros, con el *Repertorio Americano*, con revistas, postales y cuadritos artísticos que ella me obsequiaba.

Y así, conversando, conversando largas horas, nos fuimos haciendo amigas, amigas de verdad; profesora y alumna conversábamos de igual a igual:

–No me diga niña Isabel: quíteme ese niña, que me cae muy repugnante, me parece tan cursi... llámeme Chabela, o simplemente Isabel, nada más, tal y como es mi nombre de pila.

¡Qué extraña profesora! ¿No sería una falta de respeto dejar de decirle niña Chabela?

Y de su lindo pseudónimo Carmen Lyra siempre nos decía:

–¡Es muy lindo! Pero imagínense qué desilusión se llevan las gentes cuando al conocerme van viendo esta negrilla pelona y con semejante ñata: claro que no hago juego con este pseudónimo tan sonoro.

Eso decía de ella misma, porque siempre aplicaba el sentido de la broma y del ridículo a su misma persona, como para templar mejor el arma de su ironía que dio brillo a su fulgurante pluma ingeniosa, festiva y aguda al mismo tiempo. Nosotros sus amigos reíamos de sus ocurrencias y nos aplicábamos a nosotros mismos la sabia lección.

Nunca olvidaré el pícaro brillo de sus grandes ojos y los matices folclóricos de sus comentarios entre los cuales envolvía toda la ironía de su ingenio, para sacudir la fama de ciertos árboles carcomidos, enseñándonos a distinguir entre las hojas y flores secas, las raíces y la savia verdadera que circula entre las cosas y las gentes que viven a nuestro alrededor; y entonces, oyéndola, nuestra ingenua admiración por aquel profesorcillo amanerado y cursi, caía como cáscara vacía; otras veces era el libro pobre y mediocre, el que caía en nuestras manos al recibir de las suyas un tomo de *Las cartas de mi molino*, de Daudet, o las novelas de don Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta* o la del doctorcillo Centeno.

Al despedirnos admirábamos el bello jardín cultivado con las plantas más *ticas*; esas humildes florecillas nuestras que, según su decir, "no pican de café con leche", esas plantas tan agradecidas como las chinas, como la reina de la noche, las violetas y la hoja de milagro, que a unas pocas gotitas de agua responden cubriendo con la alegría de sus colores todo el jardín, protegido por la tapia festonada de guarias en este mes de abril. Y junto con los nuevos libros de Galdós y de Daudet, nos regalaba unos hijitos de pervinca, una matita de china o unas semillitas de "ojo de poeta".

Ese otro día no hubo tiempo para conversar de ciencia, de arte, de música, ni de literatura. ¿Qué ocurrió en la salita acogedora de Carmen Lyra? ¿Qué personaje importante esperaba a la escritora? ¿Sería algún periodista, un diplomático, un literato o algún alto funcionario del gobierno?

No, no era ningún personaje de campanillas; era una humilde mujer del pueblo con su hijita prendida de las enaguas; venía a contarle sus penas y a pedirle ayuda de fiadora para comprar una máquina de coser. Y ella, la escritora que amaba y admiraba a los personajes de las novelas de Galdós, de Dostoiesky, de Dickens y de Gorki, sabía comprender el dolor y la miseria de las gentes del pueblo que buscaban su corazón para aliviar sus penas y congojas. Y con la misma pluma que escribiera sus bellas prosas firmaba los papelitos y recados de recomendación para ayudar a este obrero que busca trabajo desde hace varias semanas, para este estudiante que no puede pagar su matrícula, para esta mujer que tiene su hija enferma y no puede comprar las medicinas.

Yo admiraba su infinita paciencia para oír a todas las gentes que llamaban a su puerta; me parecía que restaba tiempo y energías a su labor literaria; pero la verdad es que yo también había llamado una tarde a esa puerta que se abrió de par en par para recibir a esta muchacha, estudiante de la Escuela Normal.

Hablábamos y comentábamos los problemas y ansiedades de todas las gentes que llegaban a buscarla: del joven poeta que venía a mostrarle sus primeros versos, del joven artista que traía un bello paisaje de Escazú, de la maestra que buscaba una dramatización para la fiesta del árbol, del viejo albañil que se quebró un brazo al caer del andamio y había que ayudarle a curarse, porque en su casa solo entraba el sueldo que él ganaba.

–Ya ve, me decía, hay que oírlos a todos y tratar de ayudarlos. ¿Cómo podría uno hacerse el indiferente ante tantas penas congojas que sufren las gentes? ¿No recuerda usted aquel terrible cuento de Chejov, del pobre cochero, que no teniendo a quien contar su pena en la tarde de lluvia gris, tuvo que contar sus tristezas al caballo silencioso, su único amigo?

Pero lo más grande era su humana ternura, para apagar la vergüenza y el deshonor de las demás "que sufrían algún desliz". ¡Cuántas mujeres jóvenes y viejas buscaron el refugio de su corazón para contarle los secretos de sus amores y las fatales consecuencias de esas andanzas! Entonces, entre oscuro y claro iba llegando a su casa aquella linda enfermera o la maestrita ingenua, que ocultando su pecado entre las sombras de la noche, buscaba a Carmen Lyra para confesarle sus desdichas y aventuras, denunciadas en sus grandes ojeras azules que ensombrecían su rostro juvenil.

–¡No sea tontica! ¡No se ponga triste! ¡No llore! ¿Quién le ha dicho a usted que tener un hijo puede ser una vergüenza para ninguna mujer? Eso no es ningún pecado; y lo mejor es que usted tenga a su hijo ahora que está joven y sana; así dentro de pocos años tendrá un muchacho hecho y derecho que puede ser el gran compañero de su vida.

Y la joven madre, que entrara angustiada a la salita de Carmen Lyra, salía tranquila y sonriente, apoyada en el brazo de Chabela, que le ayudaba a bajar la grada de piedra, al salir de aquella casita, cuyas paredes de adobes eran la discreción

más suave y silenciosa para contar a nuestra amiga todas nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros secretos.

Y cuentan que como Chabela no levantara el índice acusador, ni el severo reproche contra el pecado de esas jóvenes madres, en los círculos aristocráticos decían las damas elegantes que Carmen Lyra era partidaria del amor libre. ¡Qué horror! ¡Qué escándalo!

Ella, justa y humana se reía de esas pobres damas que no saben lo que es el amor verdadero, limpio y sencillo y salía por esas calles de Dios a buscar la bondad de las gentes amigas que le quisieran ayudar para conseguir unas mantillas viejas, unos escarpines y unas blusitas de lana.

Había que ayudar a aquella joven madre: ¡sólo tres meses le faltaban para dar a luz un muchachito!

En el setenta y seis aniversario del nacimiento de Carmen Lyra[12]

1888–Carmen Lyra–1949
Aquí nació y vivió para su pueblo

Precisamente cuando un grupo de trabajadores derribaba las gruesas paredes de adobes de la casita de Carmen Lyra, la *Prensa Libre* publicaba un bello artículo de Alfonso Chase, doliéndose del extraño silencio que rodea la memoria de la gran escritora costarricense.

Manos amigas y gentes admiradoras de esta mujer extraordinaria colocaron, hace catorce años, una placa de bronce al lado de aquella tapia cubierta de guarias, que por tantos años sirvió de referencia para dar las señas de la casa de Chavela, situada en la avenida sétima. Muchas veces me complacía observando grupos de niños y de gente mayores que leían con curiosidad la leyenda de esa placa: "1888–Carmen Lyra–1949. Aquí nació y vivió para su pueblo".

Hoy ya no está la placa ni la linda tapia de guarias; había que derribar la casa para construir algún edificio para comercio o empresa industrial. En estos tiempos modernos, la impetuosa escoba del progreso arrasa con todas las tradiciones y recuerdos nacionales. No hay que andar con romanticismos, cuando se trata de dejar campo libre para instalar una bomba de gasolina, un banco, un parqueo de carros o un gran hotel. Las nuevas generaciones se deslumbrarán con los anuncios de la Esso, la Standard o la Coca Cola, y nunca sabrán dónde vivió el gran sabio Clorito Picado, ni el maestro García Monge, ni Carmen Lyra.

¡Qué distinta actitud tienen los países civilizados que aman y respetan sus grandes valores nacionales! En Dinamarca he visto con gran emoción cómo se rinde culto a la memoria del gran cuentista Hans Cristian Andersen; allí está la bella y

12. *Libertad* (San José, 18 enero, 1964) 2.

sencilla casita donde vivió el autor de «El patito feo», de «Almendrita» y tantas otras historias que educaron nuestros sentimientos infantiles. Allí a la orilla del mar está la sirenita de piedra llorando su desventura y nostalgia...

En Polonia, la casa de Chopin es un santuario nacional, adonde acuden las gentes los domingos, para escuchar la música del gran artista, que se desgrana en los bosques que rodean la casa solariega...

Allí también en Varsovia, en un recodo de una callecita, está la casa donde vivió madame Curie. A ningún polaco se le ocurriría nunca derribarla para instalar una bomba de gasolina o una lavandería de ropa.

El pedacito donde estaba la casa de Carmen Lyra, difícilmente cubre cien metros cuadrados, ahora llenos de un vacío sórdido, triste... frío, revelador de nuestra indiferencia y apatía.

¿Por qué los maestros, el gobierno, los escritores costarricenses, los trabajadores, no supimos rescatar este pedacito de tierra tica para rendir culto a la gran escritora nacional?

¿Por qué no haber reconstruido la casa de Carmen Lyra, para hacer de ella una sala para contar cuentos a nuestros niños, o para instalar una biblioteca infantil, o una casa de cultura para tertulias, conferencias de nuestros artistas y escritores?

Todos sabemos donde tiene origen este silencio sórdido y esta apatía asfixiante que rodea la memoria de nuestra primera escritora costarricense.

Fue Chavela la maestra que se preocupó por instalar debidamente una sala de lectura en la Biblioteca Nacional para servicio de los niños. Esa sala debería llevar el nombre de Carmen Lyra. ¿Por qué no está allí su retrato recordando a los pequeños lectores los afanes de su mejor amiga que, con inteligencia y amor, planeó esa sala de lectura para ellos?

¿Por qué no se recuerda su memoria en el edificio de la Colonia Veraniega de Coronado? Fue ella también la que, con otros insignes maestros, inició el trabajo para dar a los niños pobres y débiles un lugar donde pudieran ir a recuperar su salud.

¿Por qué la Escuela Maternal no lleva su nombre? Fue Chavela la maestra que, sin bombos ni platillos, inició la educación preescolar sobre bases verdaderamente científicas.

¿Por qué la Editorial Costa Rica o la Univeridad no toman en sus manos la tarea fecunda de publicar las obras completas de Carmen Lyra, como se ha hecho con otros distinguidos autores nacionales?

He aquí mis comentarios y sugerencias a propósito del bello artículo del señor Chase. Habiendo tenido el privilegio de haber sido alumna y amiga de Chavela, sentí el deber ineludible de decir estas cosas, ahora, en ocasión del sesenta y seis aniversario de su nacimiento (15 de enero de 1888).

Luisa González
San José, 15 de enero de 1964

Guardo la placa de la casa de Carmen Lyra[22]

Al morir Carmen Lyra en 1949, un grupo de amigos organizamos una recolecta popular para pagar una placa conmemorativa que dice lo siguiente: "Aquí nació y vivió para su pueblo, Carmen Lyra, 1888 – 1949".

Una noche, en una gran reunión frente a su casa en la avenida sétima, se celebró un acto cívico y se develó la placa, sobre aquella tapia con alero de tejas cubierto de guarias. Dentro de una reverente solemnidad que reflejaba el amor por la gran escritora y amiga del pueblo, sus amigos y admiradores manifestamos así, en forma modesta, noble y sincera, un sencillo homenaje a Carmen Lyra, allá por el año 1950.

Durante varios años estuvo allí la placa. Muchas veces vi niños escolares, gentes del pueblo y de todas las clases sociales, leyendo esa frase sencilla escrita en letras de bronce. Vino luego la triste demolición de la casa de Carmen Lyra que debió ser un monumento nacional, una casa de la cultura.

Un día de tantos, hace varios años, me llamó por teléfono un trabajador, para avisarme que él tenía en su taller guardada, la placa de la casa de Carmen Lyra, que si yo tenía interés, podía pasara a recogerla. Según él, la había encontrado tirada entre unos escombros. Inmediatamente me fui en un carro a recoger aquella reliquia que para mí, es un tesoro inapreciable. Desde entonces la guardo en mi casa.

Muchas veces he pensado que hay que ponerla en algún lugar de la ciudad de San José. ¿Acaso en el propio sitio donde estuvo su casa? ¿Pero, cómo, si ahora allí lo que hay es una empresa financiera? Ese no es el lugar. Sería como poner una placa de García Monge donde ahora ahora hay parqueo de carros. ¡Qué cosa más deprimente y sórdida!

22. *Excelsior* (San José, 20 marzo, 1975) 3. En una nota que aparece el mismo año en el semanario *Libertad* se informa del acuerdo de la Municipalidad de San José, gracias a una sugerencia de la Alianza de Mujeres Costarricenses, de volver a colocar la placa conmemorativa de Carmen Lyra. M. R. G.

Se han entresacado algunas anécdotas narradas por Adela Ferreto en su libro Crónicas de un tiempo. Se ha respetado la puntuación y el ordenamiento del diálogo tal y como lo presentó la autora.

Recuerdos de Adela Ferreto

"Porque Carmen Lira fue nuestra profesora de Literatura Infantil. No era una gran expositora, pero era honda y aguda en sus comentarios.

Nos enseñó cosas esenciales de la Literatura para Niños, en la que era "Maestra", nos hizo volver sobre los orígenes y el encanto de la Literatura Popular: del pintoresco lenguaje del pueblo, de los cuentos, de las tradiciones, rondas, dichos y refranes. Nos hizo ver por qué, muchos de los grandes libros, sobre todo, de las viejas literaturas encantan a los niños. Al mismo tiempo, y fuera de clase, era nuestra amiga, nos hacía partícipes de sus inquietudes, de sus gustos y preferencias, nos hablaba de los grandes escritores del momento: Bernard Shaw, Romain Rolland, Henri Barbusse, Jules Renard, Anatole France, Pérez Galdós, Eca de Queiroz, Ibsen, Remarque… Nos invitaba a su casa, y nos prestaba libros, sobre todo obras en francés como las de Roland, France y Renard, Daudet, Paul Aresne, Catule Mendés. Tenía una hermosa y escogida biblioteca". i

"Después, ya en la Normal, desde muy pronto empecé a actuar en las Asambleas Sabatinas, recitando o narrando, y en las veladas que, con diversos motivos, celebraba la Escuela. No puedo expresar toda la felicidad que significó para mí la preparación de estos actos. A veces era un grupo de alumnos el que escogía la obra: por ejemplo, los alumnos de mi clase resolvimos presentar el Palacio Triste en el que por segunda vez hice el papel de Princesa Teodora. Otras veces don Omar o Carmen Lira escogían la obra: fui Nausicaa, de Maurice Bouchor, pieza que Carmen Lira tradujo del francés. Por cierto que en esta obra Bouchor explica ampliamente cómo deben ser la túnica y el peplo griegos: aprendimos a hacerlos con sábanas y quedaron "perfectos". Desde entonces, siempre que de túnicas y peplos se trataba, entraban en juego las sábanas, con gran éxito.
Recuerdo una vez en que Carlos Luis Sáenz, que se iniciaba como profesor en la Escuela Normal, hizo el papel de Pitágoras, o algo así, con una

Salutación a la Aurora. Lo envolvieron en una de estas túnicas-sábanas blanca y, desde el fondo de la Sala Magna, ¡Luis Odio puso un potente foco rojo! Carlos Luis alzó los brazos y dijo: "Salve Aurora, rosa de los cielos". El público estalló en carcajadas. El desconcierto fue terrible… ¿Qué pasaba? … Pues que como Carlos Luis llevaba unos pantalones oscuros debajo de la túnica que era de un lienzo delgadito, al enfocarlo, brazos y piernas se transparentaron bajo la tela, dándole apariencia de gran murciélago, o de extraña radiografía de ave; la genta no pudo contener la risa. Don Omar gritó desde el escenario: ¡Que Luis Odio apague ese foco, ya lo echó todo a perder! … Apagado el foco, Pitágoras pudo hacer su salutación.

En la Nausicaa de que hablé antes, el muchacho que hacía de Ulises era bastante moreno. Don Omar observó: -¡Pero Chabela!, ¿no te parece ese Ulises muy quemadito para ser griego? … parece hindú. A lo que Isabel replicó con calma repitiendo el prólogo de la obra: -"Después de diez años pasado frente a Troya y de otros diez años de vagar por el mar de la Grecia"… ¿Cómo vas a esperar que sea blanco? Ambos rieron.

El día que la obra se presentó no había con qué vestir a Ulises: -Ya se´, ya sé, -dijo don Omar-, el tapete verde de la mesa del estrado, ¡está pasándose para hacerle la túnica! Corrió a traer el tapete. Claro, no todos sabían cómo armar una túnica griega: don Omar y Alberto Garnier se pusieron a vestir a Ulises, gacilla por aquí, gacilla por allá… -Ya está, ¡perfecto! Isabel musitó por lo bajo: -Parece una esperanza... sin alas, y escondió en su pequeña mano una risita. Pero lo peor fue cuando Ulises, lleno de homérica majestad, -que se entiende no había perdido en tanto viaje y tanta aventura- se dirigió a Nausicaa pidiéndole pan y hospitalidad y no pudo mover los brazos: le habían prendido la túnica de tal modo, que los brazos quedaron aprisionados en la tela y las manos parecían de títere, pegadas al cuerpo. No recuerdo la reacción del público, acaso creyó que los héroes griegos, por ser héroes, debían de hablar tiesos como postes. Pero don Omar, Alberto y Carmen Lira no sabían si llorar o reír. (…)
Presentamos los Jardines de las Dichas, del Pájaro Azul de Maeterlinck. Creo que resultó muy bien. Yo hice el papel de la Luz y María Beer la dicha del amor Materno; ¡estuvo admirable!

Debo agregar que en esa ocasión Isabel casi lo echa todo a perder, pues, con su malicia y humor, cuando la directora de las Dichas Infantiles, la Dicha de tener Salud, presenta y enumera, ante Tyltyl a sus hermanas: la Dicha de Correr con los Pies Desnudos sobre el Rocío, la Dicha del Fuego de Invierno, la Dicha de Ver Alzarse las Estrellas…, ella, por lo bajo, le sopló a Corina Rodríguez que era la apuntadora: -¡La Dicha de orinar cuando se tienen ganas! ... ¡Pobres chiquitos!, ¿acaso pueden aguantar? ... No sé cómo las risas de los que estaban tras las cortinas, no llegaron al público, ni cómo pudimos seguir la presentación. Desde entonces, "esa Dicha" fue, para nosotros, "la Dicha de Carmen Lira".
También nos atrevimos con Shakespeare. Presentamos en la Normal y en el Teatro de Puntarenas un pasaje del Rey Lear: "La respuesta de Cordelia". Don Omar pensó que como solo se presentaba una parte de la obra, esta debía contarse para que el público comprendiera el significado del pasaje. Me tocó pues contar el argumento del Rey Lear. Después supe que un joven bien, se había sentido ofendido, por hecho tan simple e inocente: ¡comento que en la Normal creíamos que los puntarenenses eran unos ignorantes! …

Pero quizás lo más importante es que, para los actos de la Normal, se presentaron muchas veces obras originales de Carmen Lira, de Carlos Luis Sáenz y hasta mías, ya he dicho que me había atrevido a hacer teatro.

Una vez Carmen Lira hizo un arreglo del cuento de Magón: ¿Quiere Ud. quedarse a comer? Ella hizo una ña Chepa estupenda. Don Omar reía con sorna comentándolo: -En realidad estaba al natural, no tuvo que caracterizarse en absoluto, por eso le salió tan bien. Isabel reía. Me parece estar oyéndola contestar a la patrona que le preguntaba: -Ña Chepa, ¿qué hay de principio? -¡Pos angú! … La carcajada fue general.

De ella presentamos Ensueños de Nochebuena, con un maravilloso Tío Conejo, enredándole la vida al Niño Dios, y La Cigarra y La Hormiga, con alumnos de la Escuela de Aplicación. Isabel aborrecía a la Hormiga: previsora, suficiente, cuerda y egoísta, personificación para ella, seguramente, del buen burgués; y adoraba a la Cigarra que había pasado cantando el verano entero. Nos dijo bien claro, cuando estudiábamos las fábulas y los fabulistas, que la fábula de la Cigarra y la Hormiga estaba hecha sobre base falsa: que en invierno no hay cigarra y que, por lo tanto, la Hormiga no pudo negarle nada a la simpática Cigarra. Y nos hizo leer a Fabre. ¡Por eso en su dramatización le da vuelta a la fabulita!" ii

i Ferreto, Adela. (1978). Crónicas de un tiempo, (Los Libros). San José: Editorial Costa Rica, p.193.
ii Idém, (El Teatro), pp. 198-201.

Referencia:
Ferreto, Adela. (1978). Crónicas de un tiempo. San José: Editorial Costa Rica.

IMAGENES. Vol. 6. Nº 9. Págs. 173-183. 1999.

YO CONOCI A CARMEN LYRA

Isabel Ducca D.[1]

1. Licenciada en Filología Española. Profesora en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje. Universidad Nacional.

La Cátedra Libre Carmen Lyra de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje organizó, como parte de las actividades conmemorativas del quincuagésimo aniversario de la muerte de la escritora, dos tertulias llamadas "Yo conocí a María Isabel Carvajal".

La primera se realizó el 13 de mayo, día en que se cumplían cincuenta años de su muerte. Este día acudieron a nuestro llamado: Alicia Albertazzi, Joaquín Gutiérrez y Nidia Sáenz. Fue un encuentro emotivo con los recuerdos de tres de sus compañeros de militancia política. Ellos leyeron diferentes textos en los que, de una u otra manera, se recoge la sensibilidad y la personalidad de su guía, protectora y compañera.

Decidimos darlos a conocer para quienes no tuvieron oportunidad de estar y quieran recoger algo del encanto con el que el público fue transportado al ambiente y al calor humano que despedía la casa de la escritora y su amable compañía.

El 20 de mayo tuvo lugar nuestra segunda tertulia. Se reunieron a evocar: Ana Isabel Quesada, Elsa Sáenz y Addy Salas viuda de Mora. Sus recuerdos vienen de la niñez y la juventud, momentos en los cuales tuvieron la posibilidad de compartir con Chabela, como la llamaban sus seres más cercanos. Con anécdotas

sacadas de aquí y de allá, ellas supieron ensanchar el retrato vivo esbozado el jueves anterior.

En un apartado anecdotario, hemos querido ofrecerles a ustedes, los lectores, algunos incidentes, hechos, gustos y chistes de la vida de Carmen Lyra.

Las experiencias compartidas por la señora Addy Salas se encuentran en el libro: **Con Manuel "devolver al pueblo su fuerza"**, escrito por ella y publicado por la Editorial de la Universidad de Costa Rica. Por tratarse de una obra impresa no nos es factible reproducir esas páginas.

El papel no puede expresar el ambiente ni la afectividad del momento. No es posible comunicar ahora la gama de sentimientos que la figura de Ma. Isabel Carvajal provocó entre quienes la conocieron y entre quienes, sentados entre el público, hubieran gustado tanto de conocerla que se dejaron llevar por el poder de las palabras y creyeron por un rato que ellos también la habían conocido.

Y, ¿por qué no decir que, a partir de las tertulias, esos participantes también la conocieron y se llevaron un trozo de ella, de su sensibilidad o de sus valores revolucionarios para sus casas a saborearlos como un dulce extraño y exótico?

ERA EXCEPCIONAL[1]

Alicia Albertazzi

Tuve la fortuna de conocer a Chabela, de disfrutar su amistad.

Fue en 1937; cuando, muy joven aún, ingresé al Partido Comunista.

Conocía su prestigio como escritora, como educadora. Pero conocerla como comunista, como amiga, en su fase humana e íntima fue una de las mejores cosas que he tenido en la vida. Su humanismo maravilloso era cálida sombra con la cual ella nos cobijaba a todos los que llegábamos a su casa buscando parecernos un poquito a ella, aprender un poquito de ella, y aún le quedaba atención y cariño para sus amistades, sus vecinos, sus discípulos; a Chabela le salían sentimientos nobles y solidarios para toda la humanidad.

La primera vez que fui a su casa, el corazón me brincaba y entré a llenarme los ojos de luz en una casa preciosamente tibia, con tejas, pintada de blanco y adornada de mucha madera; con un jardín lleno de guarias moradas en la tapia de tejas. En el césped crecía toda clase de flores y allí era el hogar de una tortuga que Chabela cuidaba con esmero.

Vivían con ella, en su linda casa de adobes, dos tías viejecitas, igualitas a lo que úna imagina que era Tía Panchita. Trataban con gran ternura a Chabela y ella les retribuía su cariñoso cuidado viviendo pendiente de ellas.

Años después cuando iba a su casa ya acompañada de mi primera hija, Gabrielita, ésta me hizo notar lo bella que era una enredadera de mosquetas que perfumaba todo el jardín y que estaba muy cerca del hermoso crucifijo de madera, que a la par de la puerta, era lo primero que veían sus visitantes. Tengo la idea de que esa obra de arte se la hizo Juan Manuel Sánchez.

Allí comenzaba un corredorcito y a los pocos pasos, a la izquierda y frente al jardín, estaba la puerta que daba paso a su biblioteca; era preciosa, repleta de los mejores libros que uno podía encontrar, cuidadosamente ordenados en estantes de madera obscura, pulidos por el uso constante que se les daba. Era a la vez su sala y muchas veces la llenábamos de jóvenes que íbamos a buscarla. Recuerdo una tarde que estuvimos cantando: "No cantes hermano, no cantes que Moscú está cubierto de nieve" y Chabela reía y se llenaba de gozo.

Nos prestaba libros que ella sabía que nos podía formar y así, conversando con ella y leyendo los libros escogidos por ella, confirmábamos que estábamos sobre el buen camino. Chabela tenía una gran esperanza de lo que se podía conseguir por medio del teatro y montamos algunas pequeñas obritas simples, acerca de lo cotidiano, para enseñar a la gente sencilla a observar, analizar y sopesar las cosas.

Recuerdo que una vez llegué donde Chabela y estaba sentada frente a la máquina de escribir, me contó que estaba pasando, de un cuaderno escrito a mano, la novela más buena, la más preciosa que había leído en muchos años. El autor era Calufa

1. Publicado en el periódico **Libertad**, 1986, San José, Costa Rica.

y la novela se llamaba **Mamita Yunai** y agregó que se parecía a **La Vorágine** pero con más sentido político y social. Estaba tan feliz, tan orgullosa, ¡era una maravilla verla! Seguramente, presentía que lo escrito por Calufa sería una denuncia de mucha importancia en la vida nacional.

Cuando nació Gabrielita, ella llegó a la maternidad a verme y le llevó un cariñoso recuerdo a la recién nacida pero a mí también me llevó un presente, pues dijo que no era bueno que se regalara solamente a la criaturita que nacía, ya que el mérito era en gran parte también de la mamá.

Todo lo de Carmen Lyra era excepcional.

Pero llegó el maldito cuarenta y ocho. Chabela ya estaba enferma y los hechos infames del cuarenta y siete y luego del cuarenta y ocho estaban terminando con su salud, estaban acabando con ella. Y exactamente por esos días, la vida de mi mamá se apagaba. Recibí una entrañable tarjeta de Chabela uniéndose a mi dolor y explicando cómo se sentía de mal al no poder, por esos días, ir a estar conmigo para acompañarme. Fue la última relación que tuve con esa mujer extraordinaria que fue Carmen Lyra.

A mi familia la diáspora del cuarenta y ocho la tiró para Guatemala y allí recibimos el 13 de mayo de 1949 la triste noticia de su muerte en México. En un teatro de la capital, todo el exilio tico en Guatemala le organizó un precioso y nutrido acto de recordación y cariño por su vida plena como intelectual, como luchadora por un mundo mejor, como maestra y mujer excepcional.

Esos son a grandes rasgos algunos de los queridos recuerdos que guardo de mi amiga.

SEMBLANZA DE CARMEN LYRA[2]

Emilia Prieto

Unido al recuerdo de Carmen Lyra, me vienen a la imaginación los conceptos de un notable autor mejicano sobre el respeto que nos inspiran quienes favorecen con su acción y procederes el advenimiento de un destino histórico siempre inequívoco y seguro.

Nacida en la penúltima década del siglo diecinueve, conocemos a Carmen Lyra como infatigable lectora de aquellos esclarecidos ideólogos decimonónicos entre los cuales Tolstoi, Flaubert, Víctor Hugo, Renán, don Benito Pérez, Hostos, Martí, etc. se hallaban en su biblioteca recomendada a la talentosa estudiante por los maestros de entonces: García Monge, Brenes Mesén, Dengo, Mario Sancho y los Fernández Ferraz.

Pero las inquietudes sociales y progresistas de Chabela no se limitan a la preparación y el conocimiento, sino que trascienden la teoría para convertirse en práctica y acción.

Como maestra, como escritora y como mujer de actividades políticas, se unió a sus compañeros en las luchas que posteriormente, al ser organizadas en el partido de los trabajadores, conquistaron derechos que hasta entonces se les había negado.

Y así puede decirse que Chabela Carvajal, nuestra Carmen Lyra, con su intervención en el derrocamiento de la nefasta tiranía de los Tinoco, se convirtió en una heroína de Costa Rica.

Pero esta visión de Isabel como luchadora tenaz, como escritora, como maestra y heroína, no me altera el recuerdo que de ella tengo de mujer sencilla, de mujer preocupada por los detalles cotidianos: la salud de los seres que la rodeábamos, la suerte de sus conocidos, las alegrías y las tristezas de sus amigos, de sus camaradas, el cuido de su jardín. A todos nos daba ella su atención y solicitud cariñosa: la visita, la carta oportuna, el recado solidario, hacían de ella un ala cálida que nos cobijaba y nos alentaba.

Recuerdo su casa, a la cual se entraba como a un santuario; con sus blancas paredes de adobe, con sus innumerables libros, cuadros, estatuillas, siembros y su figura entrañablemente humana, moviéndose con sus pasos cortos entre nosotros, inteligentemente solícita, atenta a las más diversas preocupaciones nuestras.

Deseo mucho para nuestra organización esa altura inmensa de Chabela, esa tenacidad en la búsqueda de un destino histórico pleno de justicia y fraternidad y a la vez esa excelente condición humana que hizo de su amistad un hálito tibio que aún nos une.

2. Publicado en el periódico **Libertad**, 1986, San José, Costa Rica.

BANDERA, INSPIRACION Y ALIENTO[3]

María Isabel Carvajal nace el 15 de enero de 1888 en San José.

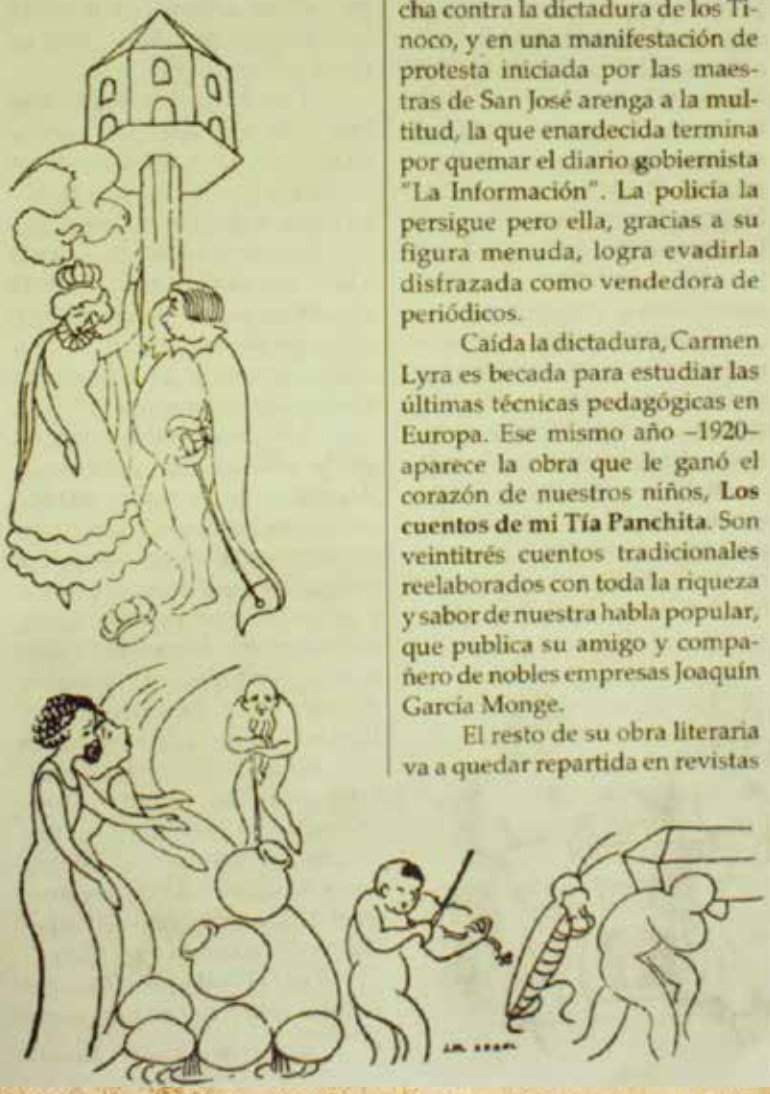
A los dieciséis años se gradúa como maestra en la Escuela Normal. Llevada de su vocación de servicio ingresa como novicia al Hospital San Juan de Dios, pero su condición de hija natural le impide profesar. Hallará nuevos cauces: la educación, las letras, la actividad política.

Colabora con trabajos literarios y pedagógicos en importantes revistas y periódicos de la época. En 1918 aparecen dos de sus obras capitales: la novela **En una silla de ruedas** y **Las fantasías de Juan Silvestre**, ambas de gran riqueza humana y psicológica.

En 1919 participa en la lucha contra la dictadura de los Tinoco, y en una manifestación de protesta iniciada por las maestras de San José arenga a la multitud, la que enardecida termina por quemar el diario gobiernista "La Información". La policía la persigue pero ella, gracias a su figura menuda, logra evadirla disfrazada como vendedora de periódicos.

Caída la dictadura, Carmen Lyra es becada para estudiar las últimas técnicas pedagógicas en Europa. Ese mismo año –1920– aparece la obra que le ganó el corazón de nuestros niños, **Los cuentos de mi Tía Panchita**. Son veintitrés cuentos tradicionales reelaborados con toda la riqueza y sabor de nuestra habla popular, que publica su amigo y compañero de nobles empresas Joaquín García Monge.

El resto de su obra literaria va a quedar repartida en revistas y periódicos; comprende relatos y cuentos que abarcan desde la corrosiva caricatura de una burguesía fatua e hipócrita en "El Barrio Cothnejo-Fishy" (1923), a los tiernos esbozos de "Siluetas de la Maternal" (1929) y "Bananos y Hombres" (1933), cuento con el que se inaugura, con eficaz realismo, la literatura de las bananeras.



En 1926, junto a Luisa González y otras maestras, funda la Escuela Maternal Montessoriana para la enseñanza preescolar de niños de hogares modestos. A pesar de sus profundos conocimientos pedagógicos y la excelencia de su trabajo, años más tarde Carmen Lyra será expulsada de su escuela "por comunista". Pero toda su vida seguirá siendo maestra excelsa de su pueblo y de la juventud. No hay mejor Universidad que la cálida tertulia en su casita de adobes del Barrio Amón. A beber de su talento, su cultura, su lucidez en la crítica, su humanidad profunda, acuden intelectuales, políticos, jóvenes con inquietudes literarias, luchadores sociales. Cátedra de justicia social son también sus innumerables artículos en el periódico "Trabajo" del Partido Comunista de Costa Rica. Un día es la defensa de los huelguistas, sean ellos zapateros, peones o maestros; otro, la de republicanos españoles expulsados de su segundo hogar en Costa Rica o de maestros destituidos; el enaltecimiento de los ideales republicanos de nuestros próceres; el reclamo del voto femenino o de la

3. Publicado en el periódico **Libertad**, 1986, San José, Costa Rica.

necesidad de la organización de las mujeres; también el ataque airado al servilismo, la demagogia, la corrupción en las instituciones públicas, el prejuicio, la mezquindad; la amenaza fascista de Hitler o Franco, las expoliaciones bananeras, el imperialismo. Etc., etc.

El itinerario ideológico de Carmen Lyra tuvo como punto de partida la solidaridad con su pueblo. Pasó por grupos anarquizantes y se afirmó en el terreno del pensamiento antiimperialista, que en el siglo XX se había iniciado en América Latina con el **Ariel** del uruguayo Rodó, clarinada para despertar la conciencia de los intelectuales latinoamericanos frente al brutal Calibán del norte. Porque ya han asistido con estupor al secuestro de la libertad de la Cuba de Martí perpetrado por Estados Unidos en 1898, y en esas primeras décadas serán testigos de los zarpazos norteamericanos en Panamá o México, Santo Domingo o Nicaragua. Cuando el General de Hombres Libres Augusto César Sandino se lanza a la guerra contra el invasor yanqui en 1927, Carmen Lyra apoya su campaña.

Su antiimperialismo la acercará al Aprismo del peruano Haya de la Torre, pero por las inconsecuencias de éste se aleja; y al ahondar en el estudio de los textos marxistas hallará su camino definitivo junto al grupo de estudiantes, entre los cuales está Manuel Mora, que en 1931 van a fundar el Partido Comunista. A esta causa se entregará con pasión, con alta exigencia intelectual, sin sectarismos torpes, con amor.

A causa de esta militancia conocerá, ya hacia el fin de su vida, un último martirio: el exilio. En la vorágine de pasiones propias de una guerra civil, ya con su salud quebrantada, debe asilarse en México en el año 1948. Un año más tarde, lejos de la patria que no le autoriza el regreso, se apaga su vida. Es el 14 de mayo de 1949. Puede entonces volver. Millares de gentes sencillas desfilan por su casita del Barrio Amón y, junto a infinidad de niños, acompañan el cortejo fúnebre.

Carmen Lyra ha recibido el reconocimiento de su alta significación entre nuestros valores nacionales. Su obra literaria se lee, se estudia y se edita ampliamente: en 1976 es declarada "Benemérita de la patria", y para todos, pero en particular para las mujeres de Costa Rica, su nombre es bandera, inspiración y aliento.

NOS ENSEÑABA A VER[4]

Joaquín Gutiérrez

Siempre lo he recordado como un hecho si bien no misterioso al menos de difícil explicación.

Era una vez un niño que jugaba fútbol con sus amigos en la calle, cerca del parque Morazán; todos los niños de esa 'huelga' —como se llamaba entonces a las pandillas de niños— eran de hogares burgueses.

Y era una señora bajita, más bien feílla, que usaba una especie de turbante raro, directora de un 'kinder' y que se dirigía a la salida de su trabajo con pasitos cortos y taconeados a su casa situada a unas dos cuadras más allá de la cancha de fútbol de los niños y que siempre pasaba en el momento en que el partido estaba más reñido y emocionante.

Todo esto en el San José de 1932 ó 1933, cuando por esas calles sólo muy de vez en cuando pasaba un automóvil, una carreta o algunos peatones. Y la señora obligaba a suspender el partido para no darle un pelotazo y esto naturalmente despertaba cierto malestar en todos, en especial en algunos niños a quienes les habían prevenido ya en sus hogares que "esa mujer era una comunista fanática y tremebunda", lo que los hacía, sin entender bien qué les querían decir con ello, mirarla pasar no sólo con la molestia natural de los otros, sino con especial recelo, zozobra y rechazo.

Pero el niño que les cuento no. El la veía como atraído, como

4 Publicado en el periódico Libertad 1986 San José Costa Rica

si estuviera ligado a ella, de una manera que no intentaba ni siquiera explicarse, por una corriente oculta de simpatía y, a su vez, ella, distinguiéndolo dentro del grupo, le devolvía siempre su mirada con sus ojitos negros brillantes y era la suya una mirada sonriente, con un encanto particular, curiosa, cariñosa. ¿Y qué hacía que ese niño y esa señora, sin conocerse, sin haber hablado nunca, se miraran así?

Ese niño era yo. Yo que no me podía haber imaginado entonces que la señora era nada menos que Carmen Lyra, la mujer y escritora admirable, la sin par Chabela de quien bien se puede decir que tenía "un corazón muy inteligente", como dijo Tolstoi de Gorky. Yo que no podía haber pensado entonces que esa señora de ojitos como chumicos era el más tierno y acerado que me tocaría conocer en la vida; que sería la inspiradora de toda mi generación de escritores y artistas, y que lo fue por sesuda y erudita —que también lo era— sino por algo indefinible o impalpable, como un halo de luz que la rodeara y que hacía gratísimas las horas que se pasaban en su compañía. Que además en su casa —de adobes, un limonero, guarias en la tapia y una espléndida biblioteca— se formaban tertulias casi a diario, en las que uno podía darse el lujo de escuchar o platicar con los mayores intelectuales de la época: Clorito Picado, Mario Sancho y su doña María Larramendi, Víctor Lorz, Emilia Prieto, Max Jiménez, Juan Rafael Chacón, Teodoro Picado, Juan Manuel Sánchez, Paco Amighetti y muchos, muchos más que convertían su casa en una especie de Universidad libre —la única que tuve— o una especie de ágora.

Y Chabela enseñaba —era maestra nata— pero lo hacía sobre todo con el ejemplo de su propia vida, de tenacidad y humildad en el trabajo partidario, de su actuación como bandera o insignia de toda causa o movimiento a favor del pueblo de la primera mitad del siglo.

¿Y cómo, entre otras muchas cosas, me enseñó a mí el secreto más profundo del arte u oficio de escribir?

Cuando ya éramos amigos caminábamos un día hacia su casa y pasamos frente a dos niñitas, de unos siete años, que estaban sentadas en una grada de un cajón de puerta. Una de ellas era una niña pobre, con su ropita pringosa y con un niño de un año en sus rodillas, tal vez su hermanito, con los mocos salidos y la camisilla corta mostrando la barriga. La otra era una niñita rica, vestida de organdí, con una hermosa muñeca en la falda, de esas que abren y cierran los ojos y dicen mamá por el ombligo.

Apenas habíamos pasado Chabela se volvió a preguntarme:

—¿Vio, Joaquín?

—¿Vi qué?

—¿No vio a esas dos niñitas?

—Sí, claro, las vi ¿y qué?

—¡Ah, entonces no vio! ¿No vio la mirada de envidia mutua que se dirigían?

Así había sido: yo no había visto, Chabela sí. La niña pobre miraba con envidia la muñeca, que no se hacía pipí, que no había que tener alzada todo el día y que se podía dejar tirada en cualquier parte sin que lloriqueara; que no tenía moquillos ni la obligación de limpiárselos. Y la niña rica, casada de su impávida muñeca que lo único que sabía era abrir y cerrar los ojos y decir 'mamá' con voz de ternero, miraba por su parte con envidia pensando que un niño de verdad era mejor que una muñeca, porque tenía diez deditos y en ese momento estaba chupándose el dedo gordo del pie, y que si bien no tenía pestañas tan largas y rizadas como la muñeca, tenía en cambio ojitos que miraban para todos lados y que, a veces, *la miraban a ella*.

Decía don Miguel Montaigne, tan sabio siempre, que pensar es más importante que saber, pero que más importante aún es ver. Y ambos habíamos mirado lo mismo, pero Chabela había visto y yo no. Y en ese momento algo me dijo por dentro que si yo quería llegar algún día a ser escritor tenía por fuerza que aprender a *VER*, así, con mayúscula, a ver en profundidad la vida con toda su compleja, asombrosa y, a menudo, escondido esplendor.

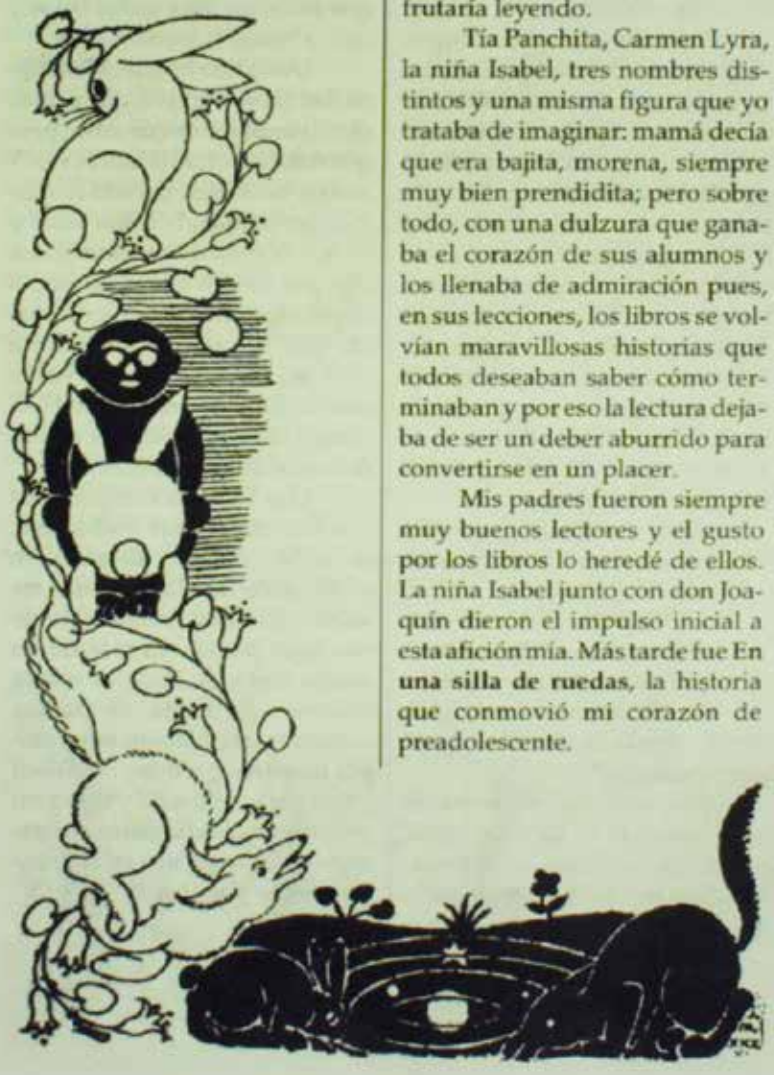
Con Chabela compartimos muchos días claros y obscuros, de lucha y de paz y alegría, pero el recuerdo de ella que más me vuelve, que tengo más aunque de eso haya pasado ya más de un medio siglo, es el de la señora desconocida, bajita, de pasitos cortos y taconeados que interrumpía nuestras partidas de fútbol y que del grupo a mí y sólo a mí —¡yo eso no lo comparto con nadie!— me dirigía una mirada entre curiosa y sedosa.

EL ENCUENTRO Y LA DESPEDIDA[5]

Nidia Sáenz R.

Mis recuerdos de Carmen Lyra son como brillantes pinceladas que le dieron color y, más que todo, sentido a los mejores años de mi juventud.

La primera vez oí hablar de ella cuando, a las horas de comida, algunas veces, mis padres hablaban de su querida Escuela Normal: de don Omar, don Joaquín y las maravillosas clases de literatura que daba la "niña Isabel", como la llamaban todavía ellos. Por supuesto, dentro de esos, para ellos queridos y admirados maestros, ninguno llamaba más mi atención infantil que la figura de la niña Isabel, porque yo sabía que era la que había escrito los famosos cuentos de Tío Conejo, los cuales me leían de noche y después yo misma disfrutaría leyendo.



Tía Panchita, Carmen Lyra, la niña Isabel, tres nombres distintos y una misma figura que yo trataba de imaginar: mamá decía que era bajita, morena, siempre muy bien prendidita; pero sobre todo, con una dulzura que ganaba el corazón de sus alumnos y los llenaba de admiración pues, en sus lecciones, los libros se volvían maravillosas historias que todos deseaban saber cómo terminaban y por eso la lectura dejaba de ser un deber aburrido para convertirse en un placer.

Mis padres fueron siempre muy buenos lectores y el gusto por los libros lo heredé de ellos. La niña Isabel junto con don Joaquín dieron el impulso inicial a esta afición mía. Más tarde fue **En una silla de ruedas**, la historia que conmovió mi corazón de preadolescente.

Pero, para decir verdad, a quien yo llegué a conocer, real y personalmente, no fue ni a la niña Isabel, ni a Carmen Lyra, ni a mi Tía Panchita, sino a "Chabela". Así la llamábamos en el partido.

No recuerdo cuando la vi por primera vez. Tal vez fue cuando Luisa González, su gran amiga, me llevó a su casa para que la conociera y yo, toda encogida, me senté en una de las bancas de su salita y, casi con veneración, miraba a aquella pequeña mujercita: hada encantada que llenó mis fantasías y heroína brillante de mis mejores y más honestos ideales de juventud.

Como yo vivía en Heredia y, por los años 40, el transporte no era ni regular, mis visitas a la casa de Chabela no fueron muchas ni muy frecuentes. Sin embargo, cada vez que iba, me dejaban la sensación de alegría y aumentaban lo que ahora han dado en llamar "la autoestima".

Chabela me saludaba con gran cariño. Podía admirar su tapia de guarias cuando era tiempo de que estas florecieran. Me sentaba en las bancas del corredor y veía una pequeña fuente que tenía en el patio, en la cual dos manos de piedra parecían dar la bienvenida a quien allí se acercara a pedir ayuda o consejo.

Luego, en la salita, me acurrucaba entre unos almohadones, en un rinconcito, y escuchaba la conversación de Chabela con los dirigentes del Partido: Manuel, Fallas, Fabián, Luisa y otros más. Por la puerta, siempre llegaba a asomarse el famoso "José Mena", chiquillo moreno y vivaracho, él vivía donde Chabela, aunque la verdad, creo que nunca logré sa-

5. Sáenz, Elsa Ma. et al. 1998. **Otras voces del 48**. EUNA. Heredia, Costa Rica.

ber cómo ni por qué había aterrizado allí.

En una ocasión Chabela escribió un pequeño artículo que decía: "Como yo no tuve hijos, el Partido es mi hijo" y como el Partido no era un ente abstracto sino un conjunto de seres humanos, unidos por un mismo ideal de justicia, todos sus militantes sentimos, de una manera u otra, que la casa de Chabela era también la nuestra.

También recuerdo a Chabela cuando iba a los mitines del Partido en Heredia. Llegaba, saludaba a todos con una gran sonrisa y se sentaba en las duras e incómodas bancas de nuestro local. Enseguida, la rodeaba la gente y ella conversaba feliz con todos y nos sentíamos muy alegres y orgullosos porque habíamos conversado un ratito con Chabela. Cuando le tocaba hablar en un mitín, se ponía nerviosa y trataba de acabar lo más pronto posible.

Uno de sus grandes admiradores era un obrero muy inteligente y muy conservador que le decíamos "Mongito" (era de apellido Monge). Lo traigo a colación porque él le dio otro nombre más a Chabela, la llamaba "la dama del turbante", y es que, efectivamente, en la época en que yo la conocí, había perdido mucho cabello, y usaba siempre, para salir, una especie de turbante que hacía resaltar mucho su morena y abombada frente y sus pícaros y tristones ojos.

Chabela fue para mí una inspiración e indudablemente ayudó a mi formación moral y política de joven revolucionaria. Eternamente estaré en deuda con ella.

La primera vez... la última vez... dos momentos trascendentales en los hechos relevantes de nuestras vidas. Ahora quiero contarles cuándo fue la última vez que yo estuve con Chabela.

La dirección político-militar acordó, como medida de seguridad para sus banderas triunfantes, expulsar del territorio nacional hacia México—que se ofreció a recibirlos— a Manuel Mora y a María Isabel Carvajal —a la Carmen Lyra de los **Cuentos de mi Tía Panchita**—.

Para los dos expulsados el golpe fue muy duro, pero Manuel era joven y fuerte; ¿para nuestra Chabela?, ¿nuestra queridísima Tía Panchita?, ¿cuán duro podía ser?

Estaba ya seriamente enferma, con esa maldita enfermedad que parece recrearse en la destrucción física y el dolor que causa, llevándose de paso la ilusión de vivir.

Había soportado, con valor increíble, el estrés y las congojas desde la dirección política de su partido, cuando éste tuvo en sus manos la responsabilidad de la vida de muchos costarricenses y, en algunos momentos, el destino mismo de la patria. Su fuerza física y moral se habían debilitado en los últimos meses. Parecía, casi ridículo, que aquellos jóvenes muchachitos, que portaban rifles y ametralladoras, tuviera miedo de esa pequeña y frágil mujercita, cuyas únicas armas eran la magistral ternura e ironía que fluían de su pluma, la solidez inquebrantable de su ideología política, la chispeante luz de su inteligencia, y el insondable amor hacia su pueblo que apenas le cabía en el pecho: "Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar", lo dijo Martí, lo cumplió Chabela.

Y... llegó el día y llegó la hora.

Por una amiga, que casi me lo dijo en secreto cuando me topé con ella en una calle en San José, me enteré que ese día salía para México Manuel y Chabela.

—Vamos a despedir a Chabela y Manuel en el aeropuerto—.

Era arriesgado. ¿Nos dejarían entrar? ¿Podrían tal vez detenernos y llevarnos al "Buen Pastor" aunque fuera por unas horas?

Yo era joven y Chabela era uno de mis faros-guías.

—Vamos—. La emoción tembló en mi voz.

Llegamos a La Sabana. El aeropuerto estaba fuertemente custodiado, pero nos dejaron entrar. En el primer piso había una banca y allí, rodeada de unos pocos compañeros y con Manuel a su lado, estaba Chabela. Parecía más menuda e indefensa que nunca y en sus ojos había como un mudo grito de dolor. No lloraba, pero su silencio era peor que el llanto. Aunque trato de hacerlo, no puedo recordar ni una de sus palabras —tal vez no dijo más que adiós—. Pero mi mano izquierda, todavía hoy, al recordar ese instante, se ahueca como lo hizo entonces, para sostener su débil y cansada cabeza, que se había recostado contra la dura pared que le servía de respaldo.

No podía hacer nada más, pero sentía una íntima alegría al colocar esa mano mía entre su enturbiantada cabeza, y la fría pared.

Luego todo fue muy rápido. El avión se colocó cerca de la puerta de salida de los pasajeros y por ella se esfumaron las figuras de Manuel y Chabela.

Mi amiga y yo corrimos a la pared para tratar de ver desde el balcón la salida de la nave, y tal vez poder decirles a los amigos un último adiós.

Dos soldados, muy serios, armados y bien plantados, no nos dejaron pasar.

—Está prohibido subir— dijeron, y no hubo más que acatar las órdenes de aquellos aprendices de militar. Ellos respondían a un plan, en donde no estaban incluidos los amigos, que desde ese balcón podían ver cosas que no convenía que se vieran.

No habíamos todavía llegado a la salida del aeropuerto, cuando, con un sonido sordo, se oyó el tétrico tableteo de una ametralladora. Los que todavía estábamos allí, en la planta baja, nos miramos atónitos. ¿Qué había pasado?

Respondiendo a un plan siniestro, los valientes comandantes de la revolución triunfante, habían ordenado ametrallar—por suerte sin consecuencias en esa ocasión— el avión en que viajaban hacia su destino en México, el joven y carismático Manuel y la dulce y ardiente Chabela.

ANECDOTARIO

La tumba en la que fueron enterrados los restos de Ma. Isabel Carvajal se encuentra en el Cementerio Obrero. Ella pidió ser sepultada en ese lugar.

*****

La escultura de dos manos que había en la casa de Carmen Lyra fue realizada por Juan Manuel Sánchez. Ese artista coloca posteriormente esas manos sobre la tumba de la amiga. Durante una remodelación al Cementerio Obrero, las botan y alguien llamó al escultor para avisarle del hecho, éste las recoge y las lleva a su casa.

*****

Dice Joaquín Gutiérrez que la frase más linda que él le escuchó decir fue: "Yo soy feílla por fuera, pero bonita por dentro".

*****

Los sobrinos la llamaban Mari y aunque no era una tía muy cariñosa o expresiva, siempre salía en defensa de ellos y su casa era el lugar preferido para los juegos. Como importunaban a las viejitas que vivían con ella María Isabel era la que los defendía a capa y espada para que pudieran jugar en el jardín y estar en la casa.

*****

Esas dos personas mayores: Merceditas y Lía eran quienes habían criado a Ma. Isabel y a sus hermanos pues la madre murió muy joven. Cuentan que Ma. Isabel y Víctor, el hermano, el día en que murió la madre se metieron a un armario a llorar.

*****

El diseño de la casa era muy especial. Una tercera parte de la misma era jardín y estaba a mano derecha de la entrada. A la izquierda, se encontraba la biblioteca, vedada para los niños, donde se podían ver casi a diario personajes como: Manuel Mora, Carlos Luis Fallas, Carlos Luis Sáenz, Adela Ferreto, Luisa González y Francisco Amighetti.

En un rincón del jardín ella había mandado a hacer un cuarto al que llamaba el rancho. No era su dormitorio pues éste estaba junto a la biblioteca. Era una especie de refugio. Detrás de éste había un "patio de cemento". Un poco más lejos se encontraba la pila que era como una piscina y ahí mismo estaba la ducha. Si alguien iba a lavar y había alguien bañándose, tenía que esperarse.

En la cocina, había una máquina de moler café, éste se molía diariamente y una tinaja con agua fresca.

*****

Ya entrada la década del cuarenta, llegaba todos los meses una carreta a dejar leña pues no habían querido acostumbrarse a la cocina eléctrica.

*****

Para la época de Navidad, llamaba a la sobrina mayor para que le ayudara a envolver regalos. La sobrina menor se colaba y Ma. Isabel le decía: "No vos no, porque sos tan inútil como yo". Eran cantidades, cantidades y cantidades de regalos. En vísperas de Navidad, en un carrito chiquitito que tenía Manuel Mora,

cargado hasta el copete de regalos, iban las niñas que ni se veían entre el montón de paquetitos y Ma. Isabel a distribuirlos por barrios muy pobres de San José.

*****

Era una casa a la que acudían cantidades de gente todos los días y siempre había café y comida para el que llegara.

*****

La casa de Ma. Isabel era una de las tantas casas mágicas que había en Costa Rica antes del año cincuenta. A la entrada, estaba la banca, la famosa banca de Carmen Lyra, y al frente la biblioteca. Una biblioteca de las que pocas veces se tiene el placer de conocer.

Tenía allí copias, probablemente baratas, pero muy bien enmarcadas y muy bien cuidadas de pintores europeos. Posiblemente las había comprado durante su viaje a Francia.

Además de los escritores, artistas, intelectuales, educadores que siempre la visitaban, llegaba hasta su casa todo tipo de personas a llorar sus congojas. Era, de cierta forma, psicóloga.

*****

Fue profesora de literatura infantil de Adela Ferreto y Luisa González en la Escuela Normal de Heredia. Tiempo después, Luisa se va a vivir a San José y empieza a visitar a María Isabel. De esta forma tiene los primeros contactos con las ideas marxistas. Cuando visita a Adela Ferreto la entera de esos "descubrimientos". Adela Ferreto, a su vez, divulga la noticia entre su familia y así se involucran los Ferreto en las ideas marxistas y en el partido comunista recién formado.

*****

Los regalos que hacía Ma. Isabel eran incomparables. Nunca tuvo mucho dinero, más bien se podría decir que rayaba en la pobreza. Nadie en este mundo, regalaba lo que ella. Sus regalos eran inolvidables. Por ejemplo: a un hijo de Carlos Luis Sáenz le obsequió un imán con una cajita de limaduras de hierro. Daba objetos que estimulaban el ingenio y encantaran al mismo tiempo.

*****

Elsa Sáenz conserva una tarjetita de un regalo de cumpleaños, en la cual le pide perdón por regalarle un par de medias.

*****

Fue muy amiga de una señora llamada Rosita Quirós que era enfermera y madre de Rocío Sanz, la artista costarricense que radicó en México durante muchos años. Rocío contaba que una vez cuando tenía como nueve años, llegó Ma. Isabel a su casa y se la encontró leyendo **Las Tradiciones Peruanas**. Cuando se percató de lo que leía le dijo: "¡ay, chiquita! ¿usted entiende todo lo que dice ahí?" Roja de vergüenza corrió a esconderse con miedo de haber sido sorprendida. Después Ma. Isabel la buscó y la mandó a seguir con su lectura.

*****

Había una empleada que cuando limpiaba la biblioteca se quedaba viendo largamente el cuadro del Pensador de Rodin y una vez le dijo:

—¡Ay!, niña Chabela, ¿por qué tiene usted ese cuadro ahí?

Ma. Isabel le contestó:

—Es que ese cuadro es de una escultura de un francés muy famoso que se llamó Augusto Rodin e hizo unas esculturas enormes en piedra que están en tal y tal parte...

A lo que la empleada agregó:

—¿Y ese señor quién era?

—No mire, es que esa escultura es la del primer hombre que pensó. Está representando el primer pensamiento del ser humano, por esa razón está de esa forma— aclaró Ma. Isabel.

La mujer continuaba absorta en la contemplación del cuadro y al final concluyó:

—¡Ay! Sí, niña Chabela, pero, por qué se sentará a pensar chingo.

*****

En mayo de 1949, cuando llegó el féretro para ser sepultado, la Junta de Gobierno presidida por José Figueres F. ordenó abrirlo para comprobar qué era lo que en realidad venía dentro, pues presumían que se trataba de armas.

*****

El entierro de Chabela, fue apoteósico y multitudinario. Fue la primera manifestación de los vencidos después de los acontecimientos del 48. Durante tres días fue velada en la que había sido su casa. Fuera de día o de noche, entraba y salía gente de todo el país, dejándole flores u obsequios.

Personaje - Testimonios

Referencias:

1/ Rodríguez, Cristián. (1957), In memoriam Paco Soler, Brecha, 9, 4-8. Fotografía de Randy Nárvaez.

2/ Marín Cañas, Francisco. (1959). Homenaje y restitución a Carmen Lira, Brecha, 9, 13 y 16. Fotografía de Randy Nárvaez.

3/ González G., Luisa. (2006). Escritos. Heredia: EUNA, pp.116-20, pp. 232-33 y p. 246. Recopilación y edición de Margarita Rojas G.

4/ Ferreto, Adela. (1978). Crónicas de un tiempo (Los Libros – El Teatro). San José: Editorial Costa Rica.

5/ Secuencia de textos Yo conocí a Carmen Lyra:

1/ Albertazzi, Alicia. (1999). Era excepcional, Imágenes, (6), 9, 175-6.

2/ Prieto, Emilia. (1999). Semblanza de Carmen Lyra, Imágenes, (6), 9, 176.
s.a. (1999). Bandera, inspiración y aliento, Imágenes, (6), 9, 177.

3/ Gutiérrez, Joaquín. (1999). Nos enseñaba a ver, Imágenes, (6), 9, 178-9.

4/ Sáenz, Nidia. (1999). El encuentro y la despedida, Imágenes, (6), 9, 180-2.

Todas las imágenes de la Memoria Digital de Carmen Lyra fueron revisadas por el Programa de Publicaciones de la Universidad Nacional y los libros digitales realizados por Jenny Segura Barboza.